

A JORGE LUIS BORGES,
COMPAÑERO EN ESTAS
PREOCUPACIONES

Problema de lengua, problema de pasión. De veras, lo que excita a las gentes es el conflicto; el problema, a unos pocos. Yo quisiera ahora ponerme a discurrir sobre el tema separando con cuidado de los valores y poderes afectados sus intereses teóricos. El conflicto se vive, el problema se contempla. Y la busca de las bases auténticas del problema es de por sí placer y recompensa suficiente, aun descontando la ventaja práctica que se pueda derivar para nuestra actitud ante el conflicto.

Expresión y comunicación

El conflicto más doloroso y frecuentemente sentido es el del escritor ante la resistencia de su medio de expresión. Ahí centra el poeta todo posible problema de lengua, ya que las gentes hablan como les viene a la boca y se entienden.

(10)

Alonso: "El problema Argentino ..."

¿Es que el problema lo es exclusivamente de expresión y no de comunicación? Reservamos el nombre de comunicación para el acto de participar al prójimo la armazón lógica y racional de nuestro pensamiento. Comunicar es referirse racionalmente a los objetos en que pensamos y consignar sus relaciones pertinentes, todo por medio de términos y giros convencionales, esto es, aptos para la intercomprensión. Lo lógico es el esqueleto, lo que mantiene consistente y arquitecturado nuestro pensar. Lo lógico es una melodía pura y descarnada, una sucesión de precisas referencias a objetos, que es como una sucesión de tonos bien afinados. *Ex p r e s a r s e*, en cambio, es hacer valer eficazmente las resonancias afectivas y valorativas, los ictus de la voluntad y los timbres coloristas de la fantasía que sinfonizan y ritman la delgada melodía de lo racional. No es, claro está, que comunicación y expresión correspondan a la dualidad de mundo exterior y mundo interior; un sentimiento, un querer, una representación fantástica, pueden ser comunicados o expresados. Si yo cuento de palabra o por escrito un suceso de que he sido espectador o que he imaginado, lo puedo hacer de manera que cada una de las palabras empleadas se refiera exclusivamente a lo que ocurrió y a cómo ocurrió; puede no aparecer un solo *yo*, un solo *mi*. Sin embargo, el oyente o lector va a percatarse de la impresión

que el suceso me ha causado: va a comprender y a compartir mi indignación, mi miedo, mi desolación, mi hilaridad, sin necesidad de que yo califique aquello de indignante, amenazador, desolador o cómico. Es más: puedo empezar por calificar el hecho de indignante y el lector no se indigna; de cómico, y no se ríe. Es el sentimiento mismo actuando, rezumando del relato, lo que tiene virtud de contagio. El obispo leproso acaba de derramar en las manos del niño Pablo "todo un cofrecillo de estampas primorosas". Yo también podría describir: "el niño estaba sentado en el suelo, repasándolas y contándolas". Y añadir: "aquella visión me enterneció", o bien: "el recuerdo de aquella escena me enternece". Esto sería referirme lógicamente a mi propio sentimiento, nombrándolo, dándole una jerarquía y una medida que la razón fiscaliza. El lector queda enterado de lo que yo siento o sentí y, sin duda, no del todo ajeno a mi sentimiento. Pero ¡qué distinto poder de emoción en la frase de Gabriel Miró!: *Pablo las repasó y las contó sentadito en los recios estrotones*. Ya no se comunica al lector que el novelista se ha enternecido, sino que se le presenta la ternura misma ante los ojos. Ese *sentadito*, que designa lógicamente la actitud corporal del niño, desnuda de un golpe la actitud emocional del narrador; una actitud de amor, sin duda, pero muy especial: el alma se tiende y se enco-

ge en ese diminutivo como los tentáculos ávidos e hipersensibles de un caracol. Hay algo de lejísimo temor, un sentimiento de fragilidad que azoga un poco nuestra complacencia en el objeto. Y esta peculiar emoción del poeta todavía puja por rebotar como un eco en la representación de los recios esterones donde el niño juega sentadito. *Recios esterones* son palabras que designan lógicamente un objeto del mundo exterior y su grosor; pero ¿a cuento de qué interviene este objeto en la historia y precisamente con la condición señalada? ¿Por qué no, sin más, *sentadito en el suelo*? "Recios esterones" vale tanto como "mullido toscó". Complacencia y contraste. Fué precisamente la ternura lo que condujo la atención del poeta hacia los recios esterones del aposento porque le interesaban doblemente: ahí encuentra satisfacción al prurito amoroso de protección y un sobreaviso irracional de aquella lejana inquietud por tan frágil criatura. Los recios esterones sólo se justifican en este pasaje como resonadores de una emoción, como elementos de expresión y no de comunicación *. Y lo que cuenta, desde luego, poéticamente, es la resonancia, no el resonador.

* El valor emocional de estas dos palabras no se limita aquí a la ternura resonante, sino que, como se ve en algún otro pasaje de la novela de Miró, aluden emocionalmente al sencillo señorío del palacio episcopal.

Pablo las repasó y las contó sentadito en los recios esterones. La ternura nos empapa con la eficacia irresistible de su presencia.

Ahora se ve que expresión y comunicación no corresponden a lo subjetivo y lo objetivo como referencia divergente a la vida interior y a la experiencia externa, sino que se diferencian por el modo de manifestarse: la comunicación, por signos; la expresión, por indicios.

El conflicto de la expresión se criza en el interior de cada poeta. En cada poeta, el sistema de emociones pugna por hacer oír su voz por entre los secos disparos de las designaciones lógicas. Pero ése nunca podrá ser en sí un problema nacional, sino individual. Metáforicamente, sí. Primero: porque la posibilidad de expresarse está en razón directa no sólo de la riqueza viva, sino también de la firmeza y estabilidad del sistema de signos convencionales que es la lengua como instrumento social de intercomunicación. (O reduciendo a fórmula: el poder volátil de los indicios está condicionado por el poder fijo de los signos. El estilo vive gracias a la gramática, como la paloma kantiana volaba gracias a la resistencia del aire). Segundo: porque en muchos giros, fórmulas, frases hechas y hasta palabras perfectamente convencionalizados y moshrenco, cosuena una emoción subjetiva que es fácil diferenciar de la referencia lógica al objeto. Ejemplo local: *¡no hay nada que hacer!*,

puesto como tapadera y punto final de una aserción.

Lengua escrita
y lengua oral

Ambas razones nos fuerzan a trasponer el conflicto sufrido por el escritor a un plano social: a la lengua misma como sistema de convenciones, como instrumento o medio de comunicación. ¿Pero a qué tipo de lengua? ¿La lengua literaria, la conversacional urbana o las rurales? La lengua escrita es otra cosa que la oral. Vista por dentro, ambas se diferencian por la desigual actitud del sujeto: en la literatura dominan las intenciones estéticas y los intereses emocionales si es poética, y las exigencias de la lógica si es científica; en la oral, la intención activa y las valoraciones éticas y de utilidad. Vistas por fuera, la distinción es fácil, porque hay un material lingüístico específicamente literario, un material diríamos numerable y enumerable, y, por lo tanto, comprobable a nuestros sentidos: la lengua escrita tiene palabras, formas flexionales y giros sintácticos que ya no están o que nunca han estado —¿todavía?— en la oral; hasta pronunciaciones que es necesario representar —y pensar— en la lengua literaria de otro modo que como son en la conversacional. Se escribe *cuyo, rostro, prolijo, aldedaño,*

*raigal, enderezarse a, advenir, canoro, decurso, vernal, iniciar, recamar, hender, falacia, colquio, provecho, fragor, luminaria, planido y miles más que en el hablar o no aparecen o lo hacen con un efecto especial; se maneja en la literatura un arsenal de utensilios subordinantes raros al hablar: supuesto que, a fin de que, al tiempo que, a punto de, no obstante que, etcétera; hay una libertad, frecuencia y agilidad de derivación lexical (ojos *huevones*, instantaneidad, vivencia) mucho mayores en la lengua escrita; la arquitectura de los períodos es más calculada y sostenida, con privilegios en el juego de incisos y en el orden de las palabras. Hasta en la pronunciación, decimos: a pesar de que en la lengua oral de Buenos Aires se igualan las pronunciaciones de la *ll* y de la *y*, los poetas porteños rehuyen rimarlas; y en las declamaciones, lecturas y conferencias reaparece la articulación de la *ll* como uno de los signos de ese estado culturalmente superior de lengua que llamamos lengua literaria. Por otro lado, la lengua escrita no admite multitud de neologismos léxicos, fonéticos y sintácticos de la lengua callejera, ni cierta fraseología de mucho favor en la conversación, ni esos quiebras con que la frase hace esguinces al hablar, etc. Cierto que cualquier populatismo puede verse en literatura, pero con un intento especial: el de evocar un*

18 Amado Alonso

ambiente no literario. Y evocar es conjurar la presencia de lo ausente.

Además, como la lengua escrita se va nutriendo de la oral, so pena, si no, de convertirse en lengua muerta, siempre podemos comprobar que neologismos de origen oral logran filtrarse en la literatura y adquirir ahí carta de naturaleza; pero esto no por orden de antigüedad ni de extensión en el uso, sino según un especial prestigio social alcanzado. Permitasenos, como aclaratorio, un ejemplo antiguo. La pronunciación *h* (aspirada) en lugar de la *f* inicial de palabra, que aparece en las obras lenguas romances, era popularísima en Castilla no sólo al nacer nuestra literatura, sino quizá muchos siglos antes. El maestro de la filología española, don Ramón Menéndez Pidal, conjetura que ocurrió desde que los iberos se pusieron a aprender el latín dos siglos antes de Cristo. De cualquier modo, en el siglo XI era ya pronunciación muy afirmada en todas las clases sociales de Castilla. Y, sin embargo, la naciente literatura castellana escribió, y durante siglos siguió escribiendo, *fermoso, fazer o fer, fembra, farina*, etc. El popularismo *h* por *f* existía; su extensión social era casi completa, si no completa; su antigüedad, remolísima. Y, a pesar de todo, la literatura lo repelió y eligió la *f* como más apropiada a la especial tensión espiritual y a la mayor dignidad en los gestos verbales, que son caracte-

El problema argentino de la lengua 19

terísticas de la actitud estética frente a la vilalista del lenguaje. Es de suponer que había casos de concurrencia, casos en que pronunciaban a veces *f* algunos clérigos, algunos magnates, los que representaban, en fin, por entonces el mayor grado de cultura. Una *f* se oponía también casi siempre a la *h* castellana en las correspondientes palabras del gallego, del provenzal y del francés, los tres idiomas que conocían por oficio los juglares y por devoción los poetas. Y, desde luego, *f* veían las gentes en el latín —la lengua entonces de la suprema dignidad—, aun en los latines chapuceros de los notarios. Trama sutil de asociaciones que convirtió a la *f*, de vida raquílica en la lengua oral, en símbolo de jerarquía social y poética. Tanto, que el poeta de *Mío Cid* escribía ultracorrectamente *Alvar Fomez*, un apellido que siempre fué *Homez*, y *fonta*, pareja del francés *honte*. Y todavía en el siglo xv la imprenta intentaba regularizar el uso de la *f* desechando la *h*.

¿Qué mueve al hombre en tensión y trance de lengua poética a rechazar ciertos procedimientos de idioma que no le son ajenos al hablar? En todo lenguaje se debate una antimia de fuerzas que son el espíritu de campanario o localista y el espíritu de universalidad. Compárese cómo escriben Lugones, Rubén Darío, Rodó, Amado Nervo, Martí, los García Calderón, Juan Ramón, y compárese cómo hablan

en el Plata, Centromérica, Antillas, Perú, Méjico y España. En seguida se ve que el espíritu de universalidad predomina en la lengua de la literatura y que el espíritu de campanario se va afirmando a medida que se desciende por las capas culturales de cada país, de modo que las más numerosas y hondas diferencias entre el habla de Buenos Aires, La Habana, Lima, Méjico y Madrid están en las clases más incultas. Y al revés: cuanto más culto es un grupo social de Buenos Aires, Lima, Méjico, Madrid o La Habana, más se aproxima su lengua —relativamente a su región— a la lengua general y menos particularismos tiene.

Así, pues, si la lengua literaria rechaza ciertos elementos idiomáticos de la lengua hablada, es porque de algún modo repugnan a su espíritu de universalidad, porque se le aparecen como peculiarismos geográficos y sobre todo sociales, y, por tanto, como limitaciones. Pero además, y sobre todo, otros localismos que el escritor emplea en su conversación son evitados por él en la lengua literaria, porque los reputa propios de un momento de escasa tensión espiritual.

La otra particularidad de la lengua escrita, la de retener elementos idiomáticos ya desaparecidos de la oral, tiene otra explicación. En toda lengua literaria sobreviven innumerables arcaísmos. ¿Por qué? Si oponemos los móviles

vitales respectivos de la lengua conversacional y de la poética —aquél, activo y valorativo; éste, estético y emocional— veremos, sin misterios, que la lengua literaria ha tenido razones que no tenía la hablada para retener ciertos elementos idiomáticos. Borges ha escrito cómo desde Carriego se han llenado de un sentido piadoso y conmovedor algunas palabras como *costurera* y otras. No cabe duda de que Borges mismo no sólo revive una emoción análoga cuando lee esas palabras en Carriego, sino que, al acudir a ellas en sus necesidades de expresión poética y personal, lo hace con una emoción patética y personal. ¿A cuántos otros escritores jóvenes les sucede lo mismo? En todo caso, he aquí el nacimiento de una tradición. Tradición, transmisión.

También hay un modo social, típico y comunal de emoción y valoración en palabras como *sobrador* y otras, vivas hoy en la lengua hablada y de frecuente aparición en la literatura local. Es posible que una futura revolución en las condiciones y distribución del trabajo retire del uso hablado la palabra *costurera*. Otra vendrá a sustituirla con más certeza designadora. Es posible que la plasmación de otros modos de valorar y de interesarse arrinconen la voz *sobrador*. Otra vendrá a decir que las gentes se han habituado a enfocar desde distinto ángulo lo que antes llamaban *sobrador*, a interesarse por otro

rasgo, que será entonces el punto nuclear de referencia y de formación de la idea correspondiente. Pero los escritores de entonces seguirán, durante no sé cuánto tiempo, usando y sintiendo *sobrador* y *costurera*. Ya no será la misma emoción, porque en Carriego hay una nitidez de presencia, mientras que en los poetas futuros habrá una fantasmática nebulosidad de lejania. Pero si sería la misma, aunque tan distinta como el cuerpo caduco de un viejo es el mismo que su anterior cuerpo auroral de niño. Sería la misma en un sentido tradicional, o, como se dice en filosofía, cultural. Porque las palabras no son rótulos que usamos para designar contenidos preexistentes en nuestras almas, sino puntos y modos de cristalización y organización de esos contenidos.

Los poetas se trasmiten con su lengua modos de emoción como una comunidad hablante se transmite modos de conocimiento, de acción y de reacción. Retornando a nuestro ejemplo: cuando *sobrador* y *costurera* sean arcaísmos en la lengua oral, todavía podrán un tiempo no serlo en la poética. Ya no servirán en la oral para designar ni para actuar, caracolas marinas en seco e inertes; pero el oído del poeta se pegará todavía tercamente a su boca por el encanto de oír resonar en ellas la voz fantasmal de una emoción. Y aún la comparación es pobre y defectuosa, porque no se trata de oír cómo resuena la

emoción ajena dentro de la dureza de la palabra, sino de cómo al conjuro del símbolo verbal, resuena dentro del poeta una emoción hermana de la de Carriego.

Los arcaísmos perduran en la lengua literaria no por su poder designativo, no por su significación o referencia lógica a un objeto, sino porque son sendos modos de cristalización emocional, porque orientan y fijan la emoción, y porque el poeta, en oposición al hombre de la calle, se esfuerza en poseer el sistema más amplio y depurado posible de formas de emoción, y sólo renuncia a una de esas formas cuando está en divorcio con su sistema emocional*.

Esta es la razón primordial de la perduración de arcaísmos en la literatura. Pero no la única.

* Lo cual no implica que los poetas posteriores reproduzcan la emoción correspondiente de los anteriores como con un molde: la forma de la emoción puede sufrir todas las modificaciones y variaciones ya de tiempos atrás reconocidas en las formas de significación de las palabras. Y así como reconocemos una obra de transmisión, de tradición, de cultura en la evolución semántica de *cuidar* que antaño significó 'pensar' (*coGITare*), o de *curar*, antes 'cuidar', así también hemos de ver la obra de la tradición en la evolución que sufren las formas emocionales expresadas en las palabras. El aire de familia con que se nos aparecen ciertos períodos literarios, o ciertas literaturas a través del tiempo, viene así a explicarse, aunque sólo en parte, por el poder formante de los símbolos idiomáticos.

En la vida común hay una tendencia a la eliminación de los llamados sinónimos concurrentes. Como en el hablante mandan motivos de acción y de reacción—conciencia es acción posible, dice Bergson—, se tiende a eliminar todo motivo que distraiga de esos propósitos. Por el contrario, lo que busca el poeta es expresarse a sí mismo, evitar la pérdida de su peculiar visión y emoción. Y los llamados sinónimos, que resultan una riqueza superflua en el uso activo de la lengua, ahora son preciosos, porque cada uno corresponde a un modo distinto de visión del objeto. Sería un acto de suicidio el que una mente poética renunciara voluntariamente al dominio virtual de un solo sinónimo. La metáfora ¿qué otra cosa es sino una superación personal de los recursos de la lengua para la expresión de modos nuevos de visión del objeto? Esto en el poeta legítimo; pero aun los retóricos y hábiles que no se entregan a la visión y emoción peculiares, sino que escriben con intenciones activas—para producir determinados efectos en el lector—, tienen que trampear en el mismo sentido, usando como instrumento de acción (efecto) lo que en el poeta creador son medios y modos de expresión.

El tercer motivo de perduración de arcaísmos en la lengua literaria es más bien un estado de tensión espiritual que sendos actos de emoción o de contemplación. Quien en un pasaje escribe

rostro en lugar de *cara* no lo hace porque a *rostro* corresponda una forma interior de visión o de emoción diferente a *cara*, sino porque siendo *rostro* una palabra propia de la actividad literaria, y no de la vida común, le parece más apta que *cara* para simbolizar y expresar ese trance de creación, ese momento tenso y ávido por que pasa su alma. Aquí hay que incluir todos aquellos peculiarismos de la lengua poética que sólo se diferencian de las correspondientes voces de la lengua común por la forma exterior y no por la forma interior, como las anteriores: sinónimos como *rostro* (*cara*), *testa* (*cabeza*), *luminaria* (*foco de luz*), *euderezarse* (*dirigirse a*), *finalizar* (*acabar*), etc.; formas gramaticales como *cuyo* y algunas verbales (*tuviere*, ciertos casos del pretérito en *-ra*, *tuvié- ra*, etc.), pronunciaciones como cuando los yeístas reponen la *ll*, o cuando se dice *estado* por *estao* (no en Buenos Aires, donde la *d* se pronuncia normalmente por imposición escolar); orden de palabras como en *volviese* por *se volvió*, o en la trasposición de sujeto y verbo, de adjetivo y sustantivo, etc. La especial tensión del espíritu, a cuya cuenta hemos cargado todos estos arcaísmos, se manifiesta inequívocamente en la especial tensión de voz y rigidez de esquema rítmico que no sólo oímos cuando nos recitan, sino que pensamos dentro de nosotros

cuando leamos en silencio, y, sobre todo, en el acto mismo de la creación de la frase literaria.

Y todavía hay un cuarto motivo de perduración de arcaísmos, estrechamente unido al anterior: el designio ornamental. Y esto no sólo porque hasta el más grande poeta es en ocasiones un poco retórico, sino por un sentido legítimo y estético equivalente al que conduce a veces en las artes plásticas a la elección de materiales nobles. Sólo que estas palabras no son materiales nobles, como el mármol o la plata, sino ennoblecido por su largo vivir en páginas hermosas. Aquí sería más adecuada la comparación con las caracolas marinas: dentro de su caparazón envejecido resuena todavía el mundo que fue su ambiente.

Siempre reconoceremos en los arcaísmos usados en literatura una razón de tradición, de trasmisión, de continuidad.

Tradición literaria
y tradición oral

La riqueza y dominio de la lengua literaria depende, de un lado, del grado con que se vive solidariamente esa tradición, y, de otro, de los aportes sucesivos con que los estilos individuales la van continuando, teniendo en cuenta que un elemento de estilo —expresión de lo diferen-

cial e individual— se torna lengua en la medida en que se hace tradicional (convencional). Muchas veces se ha llamado la atención sobre el hecho de que mientras entre nosotros se ven a menudo escritores, incluso de talento, que nos dan el fatigoso espectáculo de la chapucería en sus medios de expresión, en Francia, por contra, es corriente el hombre culto que no es escritor, pero que llegado el caso pronuncia su discurso municipal o redacta su alegato en un lenguaje normalmente literario. Es que Francia es la tierra de la solidaridad con el pasado, de la tradición consciente y activa. El vulgo culto se educa en la lectura de la vieja, de la nueva y de la novísima literatura. Sobre todo, su sistema admirable de *explication des textes* permite a los franceses no renunciar atolondradamente, y por mero olvido, a ninguna de las conquistas de expresión que les han legado sus mayores. La tradición, condición obligada de toda lengua literaria, cuenta en el francés con una pedagogía eficazísima y ejemplar. Esa es su ventaja.

Un ejemplo casi patético de la distinta tradición —transmisión— de la lengua común y de la literatura nos lo da la confidencia de Victoria Ocampo en *Sur*, número 3 (Buenos Aires, 1931). En un momento de depresión de todos los prestigios culturales de España, personas que vivían en un país de habla española la usaban desde luego para los fines activos de su

(123)

vida: designar y comunicar con ella los objetos de la vida diaria. Pero, aparte de ese trato social con el elemento ambiente, el espíritu de esas personas ha recibido una educación refinada: instructores, viajes y libros descubren mundos nuevos para su conocimiento, para su emoción, para su fantasía. Su mismo querer se plasma ahora en modos de conciencia muy variadamente matizados. Y esta vida superior de su espíritu está sostenida por otra lengua diferente que la oral: su ojo espiritual se ha habituado a ver—conocer y reconocer—los objetos desde un ángulo visual impuesto por el símbolo francés; la ordenación, categorización y subordinación de esos objetos—base cultural, es decir, tradicional y comunal de la *Weltanschauung*—es la dada en el sistema lingüístico francés (que en la práctica no difiere gravemente de la del español, ya que son lenguas hermanas, pero que sí difieren en multitud de matices y *nuances* muy preciosos para la actitud poética *); en un espíritu así educado es claro que sus mismas emociones artísticas tienden a plasmarse, a formarse, a expresarse, es decir, a salir a conciencia, a convertirse de materia en forma,

* Me refero al concepto de *forma interior de lenguaje*, que desarrollo con referencia a la lengua rural argentina en el ensayo *Preferencias mentales en el habla del gaucho*, en este mismo volumen.

según tipos de cristalización fijados tradicionalmente por los símbolos del francés; la fantasía se siente solicitada de otro modo, porque su intervención en las representaciones está en gran parte condicionada por hábitos fijados tradicionalmente en la lengua, y porque las representaciones apoyadas en las palabras se llaman unas a otras secretamente por la labor asociativa de los símbolos y por los recuerdos que la frecuencia de esos símbolos va estratificando en el alma. En el mundo poético de todo escritor tenemos que distinguir lo que se debe a su personal potencia creadora y lo que se debe a los modos de conciencia comunales de su idioma: lo que él ofrece a la lengua, y lo que la lengua le ofrece ya hecho a él. Lo creado y lo dado, lo personal y lo cultural, el estilo y la lengua. Pues bien: en la vida cultural superior de esas personas todo lo dado era francés; y cuando intentaron escribir en español se hallaron con que les era un instrumento inepto de expresión, un medio inadecuado para los movimientos de su espíritu en tensión estética: querían volar dentro del agua, embestían para horadar el aire. Vivían la tradición de la lengua oral, pero no la de la literatura. Por el momento aquellas personas justíficaban su actitud culpando a nuestra lengua de incapacidad artística. Mas la única razón validera es que ellas se habían desligado de la

tradición. Y sin tradición literaria vivida no hay lengua poética posible.

El conflicto de la expresión literaria está en la Argentina especialmente agudizado, en buena parte, al menos, porque muchos jóvenes de vocación poética ceden a la comezón de escribir antes de haberse familiarizado lo bastante con la tradición especial de la lengua literaria. En seguida, a las primeras resistencias, reacciona uno, tomando ante ella una actitud de despego, de desamor, cuando no abiertamente hostil.

Lo que importa saber es que las quejas contra la dureza e incapacidad de nuestra lengua para los menesteres poéticos no han venido sólo de personas que le volvieron la espalda. Y, en resumidas cuentas, ¿qué lengua de alta cultura ha escapado a las quejas de los poetas contra su indócil instrumento de expresión * ? Fray

* Nuestros escritores impacientes, que acusan a su lengua de insensible, dura, carente de símbolos para muchas ideas y modos de pensar e inteligir, y que envían a los que han tenido la fortuna de nacer en otro medio idiomático, están en la más ilustre compañía. Lo notable es que son casi siempre los de más fuerte personalidad—luego otros lo repiten—los que se quejan de no encontrarlo todo ya hecho por otros, ya acabados todos los medios de expresión que su personalidad necesita para manifestarse, siendo así que gracias a su esfuerzo braseo entre las dificultades de la lengua se expresa su personalidad como individuo. Ya comentó Kant que la paloma vuela precisamente gracias a la resistencia

Luis de León declaraba haberse encontrado con una lengua inhábil y tosca; pero no para excusar sus propias torpezadas y chapucerías, sino para destacar, con justificada satisfacción, el haberla dejado muy perfeccionada. Y con tanta justicia como Fray Luis lo pudo decir Garcilaso cincuenta años antes y Quevedo cincuenta después, para no meternos en la Edad Media. Las lenguas son lo que sus hablantes y escritores han hecho de ellas. En realidad, Garcilaso, Fray Luis y Quevedo, como todo poeta, se vieron enfrentados a particulares problemas de expresión artística. Ellos los resolvieron triunfalmente, y así se puede subrayar lo pobre que encontraron su lengua y lo rica que la dejaron. No nos engañemos: el escritor que adopta una postura permanente de hostilidad frente a su propia lengua—no en lo que tiene de insuficiente como todo lenguaje humano—es que se siente incapaz de resolver sus personales problemas de expresión. Algún día se planteará la

del aire, aunque ella crea que volaría mejor sin él. Entre los escritores descontentos de su propia lengua los hay ilustres y hasta gloriosos: Leibniz y Federico el Grande escribieron en francés; Flaubert estuvo tentado de escribir en alemán; Lessing dudó si escribir su *Laoconte* en francés; Goethe dice:

*Solo una aptitud llevé casi a la maestría:
escribir alemán. Y así malogré, pobre poeta,
en el material peor para vida y arte.*

historia de las lenguas literarias —ya lo pide Vossler— como la historia de los problemas de expresión artística sentidos y planteados en una comunidad lingüística y resueltos por aquellos de sus escritores que realmente fueron en tal ocasión poetas. Conquistas acumuladas. No por sentir el problema de la expresión artística (que ¡claro! no es mera fraseología) se es poeta, sino por resolverlo. Y esto no se remedia con revolverse contra el aguijón, sino, en gran parte, familiarizándose con las conquistas de los otros, esto es, con la tradición de nuestra lengua literaria, por de pronto, para no quedar uno detenido por problemas que ya no lo son y, sobre todo, a fin de adquirir la energía potencial necesaria para resolver los nuevos.

Tradición y tradicionalismo

Pero entendamos bien qué es tradición y no la confundamos con tradicionalismo. Reproches de otro género que los antes comentados se han hecho con razón a nuestra lengua al acabar el siglo XIX, y no por poetas fracasados, sino por dos grandes solucionadores de problemas de expresión, uno de América y otro de España: Unamuno, en sus ensayos *En torno al casticismo* (1895), y Rubén Darío, en su *España contemporánea* (1899). Rubén advertía, con cierto

prosa
de
épica
→
] (p. 100)

desencanto, que la prosa de todos los escritores españoles se parecía entonces extraordinariamente. Unamuno arremetía contra ese estilo español "de enorme uniformidad y monotonía en su ampulosa amplitud de estepa, de gravedad sin gracia, de períodos macizos como bloques, o ya seco, duro y recortado" (pág. 111). Unamuno, reaccionando polémicamente, lo achacaba a incapacidad racial. Pero él mismo, españolísimo entre todos, nos ha enseñado con su prosa que no estaba ahí la razón de tal uniformidad y monotonía. Lo que ocurrió entre aquellos escritores fustigados por Unamuno fué un deformamiento del sentido de tradición: en vez de vivirla, la contemplaban embelesados. En vez de seguir haciéndola, la detuvieron. En vez de darle savia para su crecimiento, la fosilizaron. Desde nuestro clasicismo hasta la llamada generación del 98 la lengua literaria fué declinando y desjugándose, porque los escritores tenían un acatamiento semidolátrico a las formas clásicas. Había, sí, transmisión de elementos literarios, pero el escritor los manejaba como objetos rituales, en suma, ajenos. Ni los vivía ni le daban vida como glóbulos de su sangre misma espiritual. Todas las prosas se parecían, a los ojos de Rubén y de Unamuno, porque en realidad eran una sola prosa: el esfuerzo de cada escritor se dirigía a eliminar su posible estilo personal de la lengua que manejaba. Y la obcecada crítica de-

claraba el mejor estilo el de aquel que conseguía mejor anularse y escamotearse tras la nomenclatura y fraseología clasicista. La confusión de lengua y estilo les fué mortal. Suprimase de la lengua la sangre renovadora de los estilos, déjesela en su estricta condición de repertorio de designaciones y combinaciones fijadas, y se la habrá convertido en una lengua muerta*.

La generación española del 98 —en la cual es forzoso incluir iterariamente a Rubén— desató una reacción violenta contra esta conducta frente a la lengua literaria. Unamuno rompió el fuego, teorizó y definió esa reacción**. Los

* El que escriba en latín no puede caer en una desviación de lo que ya fué dicho en latín, no puede permitirse una sola novedad en el léxico, ni en el orden de las palabras, ni en el uso del subjuntivo, sin que el dedo de los profesores le denuncie una falta. Y el mayor elogio a que puede aspirar es que le digan que escribe en perfecto estilo ciceroniano u horaciano, lo cual ¡claro! no es ya estilo, sino lo que fué estilo de un espíritu individual, que es un fluir, un ser y un devenir, hecho en bloque lengua, convención, un hielo sólido y manejable, un estar y un haber sido.

** Unos botones de muestra: "Hay pueblos que en puro mirarse al ombligo nacional caen en sueño hipnótico y contemplan la nada." "Y mientras unos importan bizantinismos de cascarrilla y otros cultivan casticismos libresco, alimenta el pueblo su fantasía con las viejas leyendas *europeas* de los ciclos bretón y carolingio, con héroes que han corrido el mundo entero." "Y, sin embargo, es hondamente castizo Pereda, no

demás la vivieron y la hicieron triunfar. Entonces quedaron cancelados multitud de arcaísmos, eliminados como peces muertos arrastrados por las aguas vivas de la lengua. Y lo individual comenzó otra vez a transparentarse a través de lo comunal, no sólo por la eliminación de lo desvitalizado, sino por el prurito que picó a todos aquellos escritores de realizar —cada cual según su temperamento— las posibilidades de expresión que aguardaban nonatas en el seno del idioma. Si antes todas las prosas se parecían como mellizas, ahora en cada página es inconfundible el timbre de voz de Unamuno, de Azorín, de Valle-Inclán, de Juan Ramón, de Ortega y Gasset, de Pérez de Ayala, de Gabriel Miró. Y nuestra lengua ha multiplicado su potencia expresiva en todos los modos del espíritu: para las sensaciones y para los sentimientos, para la fantasía y para el pensamiento especulativo, y hasta para los modos de la voluntad (ese gran don Miguel!).

También en la Argentina se ha manifestado con frecuencia hostilidad hacia el cultivo del español literario como lengua muerta. Sólo que aquí, equivocadamente, si no se ha tratado, se

cuando urde por su cuenta y riesgo tramas con hilos de nuestros viejos clásicos y labra marquetaría de lingüística libresca, sino cuando explota con tino y arte la riquísima cantera del pueblo en que vive." (*En torno al casticismo*, págs. 214, 212, 215.)

ha entendido que se trataba la cuestión como si fuera problema nacional, o mejor dicho, internacional. Se entendía oponer al español literario, ya muerto y estancado, un naciente argentino literario, sólo porque escritores argentinos se negaban a utilizar en su verso y en su prosa la parte muerta del español. Pero los términos del planteo no son así correctos. Los escritores que han sentido y sienten esta rebeldía contra lo envejecido no están confinados en la Argentina; estaban desparramados por —y ahora llenan— todas las tierras que hablan nuestro idioma. Y en España más que en ninguna parte. Lo que hay que oponer es, al castellano muerto y estancado que algunos escritores de todas partes prefieren, otro castellano en perpetua acción creadora. Tanto en América como en España —como en Francia y en Alemania y en todas partes— hay escritores particularmente acostados en el tradicionalismo, que ellos llaman "tradición"; escritores que remedan más o menos la fábula anti-gua, enjuagándose voluptuosamente con palabras arcaicas; soñadores a quienes el encuentro en su pensar con una palabra o giro antiguo les desata la imaginación y los baña en una fantasmagoría de grandezas y hermosuras gloriosas *. Esos sienten a veces bien que lo que es

* Como en todo hombre piadoso, su devoción se exalta con el manejo de reliquias, y éstas hacen el milagro,

arcaísmo en la lengua activa no lo es en la literaria; pero no se resignan a que también haya arcaísmos dentro de la lengua poética, a que también aquí, aunque bajo condiciones particulares, se avejen las formas. Es cierto que en la lengua literaria, en oposición a la oral, influyen simultáneamente factores muy distanciados en el tiempo y en el espacio (ejemplo: en la lengua de Borges confluyen Carriego, Quevedo, Unamuno, etc.); pero, aunque con otras leyes, tampoco en la lengua literaria falta la perspectiva. Y esos ojos tradicionalistas ven todos los elementos de la lengua en un primer plano, como en los cuadros prerrenacentistas en que las hojas de los árboles del paisaje se distinguen lanminuciosamente como los rasgos fisonómicos de las figuras primeras. El tradicionalista emplea hoy con toda seriedad y como lengua en uso palabras y giros que Cervantes escribió con una sonrisa y precisamente por su timbre anacrónico —¡ya entonces!— para hacer hablar a su héroe o para referirse a su conducta *. Y como

aunque con frecuencia sean apócrifas. Esas prosas arcaizantes están llenas de arcaísmos falsos y deformados.

* Es recurso de todo escritor auténtico. Voy a volver a citar como ejemplo, con todo intento, a Gabriel Miró (*El abuelo del rey*). Para referirse al estilo epistolar del padre del abuelo, estilo ingenuo, patriarcal y pomposo, escribe Miró: "Siempre se despedía de esta guisa: "y dispón de los leales afectos de un padre que

los escritores arcaizantes son un espectáculo un poco chocante para sus colegas contemporáneos, el resultado es que con todo su amor a las fortunas viejas de decir las asesinan por camino doble: primero, al querer anular de esas formas su antigüedad, las desprestigian, convierten ancianos venerables en viejos verdes, hacen olvidar el jugo vital que contuvieron cuando las pensaban la cabeza y el corazón de un Fray Luis o de un Fernando de Rojas, para no ver más que su mueca contrahecha en enfáticas prosas de hoy; y segundo, porque siendo sospechosa a los demás cualquier palabra dudosa que ellos empleen, ya que el aire todo de tales prosas es anacrónico, precipitan la caducidad de muchas de ellas.

Estos escritores de capa y gola y sus dómines meticulosos que quieren parar para siempre en Cervantes la rueda de la lengua, ¿por qué no lo leerán con más atención? En el Prólogo de la *Galatea*, Cervantes defiende así la poesía eclógica: "demás que no puede negarse que los estudios de esta facultad (en el pasado tiempo con razón tan estimada) traen consigo más que medianos provechos, como son enriquecer el poeta considerando su propia lengua, y enseñorear-

—*ama a su Familia.—Agustín Fernández Pons de Quezada.*" Esto en carta a su hijo. Gabriel Miró ha puesto en este *guiso*, precisamente por su catadura arcaica, toda su visión sonriente y benévola de personaje tan anacrónico.

se del artificio de la elocuencia que en ella cabe para empresas más altas y de mayor importancia, y abrir camino para que, a su imitación, los *ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana*, entiendan que tienen camino abierto, fértil, espacioso, por el cual, con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia, pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, graves, sotiles y levantados..."

Es una visión falsa, enturbiada por la ignorancia y por el ardor polémico, la que interpreta la lengua literaria de España como nacionalmente anguillosada, mecanizada y fósil. Y es, por consiguiente, falso también el pensar que si la Argentina o cualquier otra nación americana cultiva una lengua literaria más vivaz, esto suponga una escisión. En España ha estado encendido siempre el alerta crítico contra esa clase de lenguaje. Es, sí, muy español ese estilo de museo, pero no es menos española la reacción contraria. Ya hemos leído lo que Cervantes escribía en 1585; Saavedra Fajardo, en su *República literaria*, 1612, repite el ataque, esta vez personalizando el arcaísmo en el famoso Padre Mariana: "Afecta la antigüedad; y como otros se tifen las barbas para parecer mozos, él para hacerse viejo." En 1651, Fray Jerónimo de San José, autor de un *Genio de la Historia*, admite

que en cuestiones bíblicas no se tiene que alterar el lenguaje, "pero en lo demás no ai por qué atar los ingenios i elocuencia a la grosería del hablar antiguo". Y hasta teoriza: "El estilo se muda como lo demás que está sugeto a tiempo, el cual haze renacer i envegecer vocablos, visiendo en cada siglo la lengua i propio idioma de nuevas voces i frasis, como a los árboles cada año de follage nuevo. I a la manera que en los hombres la lozanía de la juventud se ríe del desaire de la vegez, i florece sólo la edad verde, así la de los vocablos antiguos es despreciada de los que nacen i se crían a vista de los nuevos."

Estas citas y las anteriores de Unamuno y la llamada generación del 98 son bastantes para probar que la identificación entre lo español y lo fósil en cuestión de lengua literaria no tiene sentido ni justificación. Como tampoco los tiene esa otra identificación, todavía más frecuente, entre lo español y lo académicamente miope. ¡Cuántas veces hemos leído y oído en Buenos Aires entrosstrar a España, como rasgo de su lengua literaria, detallitos escondidos y olvidados en cualquier rincón de la Gramática o del Diccionario de la Academia! ¡Cuántas protestas hemos conocido contra la impertinente tiranía idiomática que España, dicen, pretende ejercer sobre América, a propósito de ausencias en el Diccionario o de pormenores académicos, ignorados por los escritores peninsulares de hoy!

En realidad, la lengua literaria de España está ya tan libre de esos academicismos trashnochados como quiere estarlo la de aquí.

Estas protestas argentinas contra lo académico-español no tienen su origen en no sé qué animosidad contra España, sino que responden a una actitud polémica dirigida hacia dentro de casa. El tema del purismo es aquí de permanente actualidad. Como la lengua de Buenos Aires está empobrecida e insegura, entre otras cosas a causa del monstruoso crecimiento de la ciudad por aluvión, a los preceptores les falta a menudo el punto social de referencia para los casos dudosos. La tradición oral de lengua culta está desmenuzada y casi pulverizada entre los dos millones de porteños nuevos, y los preceptores se agarran entonces a la tradición escrita de la lengua general, y en esto, casi exclusivamente, a la codificación académica. Ya se sabe que ésta no sigue nunca exactamente el ritmo de la lengua misma: siendo la función lingüístico-social de las Academias esencialmente conservadora, han de resistirse lo más que puedan, tanto a admitir novedades como a liquidar vejezes. Ya se sabe; y en España los excesos y rigores que se le puedan imputar a los libros de la Academia no hacen ningún daño, porque la literatura y la sociedad tienen su punto de referencia en sí mismas. Pero aquí es otra cosa. Pongamos por delante la benemérita labor de los precep-

tores que efectivamente han laborado con fruto y laboran cada día por el mejoramiento de la lengua nacional. Pero no es raro que se dejen arrastrar por un excesivo celo profesional, fustigando usos en los literatos o en el habla, y proponiendo otros sin más agarradero para ello que la reglamentación académica. A veces van más allá que la misma Academia. De resultas, se han propagado algunos rasgos librescos y hasta ultracorrectos: se ha repuesto artificialmente la *d* en las terminaciones en *-ado* (*estado, cantado*), se distingue entre *v* y *b* (*y* hasta se intenta por algunos entre *g* y *j*) y sobre todo se ejerce una vigilancia muy académica sobre el vocabulario. No creo caricaturizar si digo que el pensamiento implícito de los más preceptores argentinos es que las comunidades hispano-hablantes se deben poner a hablar las palabras publicadas por la Academia, no que la Academia se dedica a recoger y publicar las palabras que las comunidades hablan. Un periodista se encuentra con que no puede usar sin censura la voz *urbanismo*; si escribe *provincianismo* se lo corregirán en *provincialismo*, aunque le cambien el sentido, porque esta segunda forma está codificada y aquélla no. Este es un rasgo más en la fisonomía idiomática de Buenos Aires, aunque no peculiar, pues lo vemos también en otras naciones americanas. Más exacto que *culatismo* sería llamarlo *escolarismo*.

Ya sabemos que esa actitud ultraacadémica de los preceptistas ha sido muy útil para contener la otra actitud extrema, de pura anarquía e incuria. Pero es lástima que no se haya podido o sabido mantener siempre de un modo más estrictamente culto y consciente, salvando un prejuicio a todas luces falso: la idea de que la corriente del idioma fluye del embalse —Academia— hacia el manantial —el uso común—. Todo el problema que se presenta en estos casos dudosos a la decisión del perito es el de discernir cuándo una forma de que todavía no se ha ocupado la Academia es realmente ya de uso correcto y cuándo no, o bien, cuándo una forma registrada todavía por la Academia está ya en desuso. Pues es evidente que las formas son correctas antes de que la Academia las inscriba, ya que la Academia espera justamente a que sean correctas para inscribirlas. La Academia es la mayor autoridad y el órgano más adecuado para juzgar y reconocer cuándo una forma es de uso correcto, esto es, cuándo obtiene la más calificación aceptación social; pero no hay que pensar que ella hace correctas las formas, como no hay que pensar que cuando el termómetro baja enfría el ambiente.

Las protestas y los ataques contra la Academia Española tienen una significación polémica contra este ambiente casero, y por eso son aquí especialmente frecuentes. Luego, la estrate-

gia de la discusión, de finalidad activa, ha llevado a muchos a identificar falsamente: lo español = lo arcaico, y lo español = lo académico. E importaba aclararlo, no como defensa apolo-gética de la lengua en España, sino como rectificación de los términos en que el argentino se puede plantear su problema de la lengua literaria enfrente o dentro de la general.

Lengua literaria,
afán de universalidad

La oposición al cultivo arcaizante de la lengua no es, pues, de ningún modo una actitud específicamente argentina. Y aunque la Argentina hubiera sido la primera en oponerse, hubiera sido la única por muy escaso tiempo, porque defendiendo tan legítima causa, de tan vital necesidad para la lengua general, los escritores de todos los países de nuestra habla la hubieran secundado en seguida. Un idioma *nacional* literario, independiente del castellano general, sería un contrasentido, no sólo por motivos prácticos de conveniencia, sino por razones teóricas y de conocimiento. (Ya sé que ponerme ahora a combatir la idea de una escisión idiomática, cuando ya nadie la defiende ni cree en ella, sería ponerme a pelear con molinos de viento. Pero mi propósito es exponer los términos lin-

güísticos de una cuestión que tuvo su boga y que no ha sido todavía olvidada). La lengua literaria, así como, según hemos visto, tiene una mayor independencia temporal que la común, así también tiende a independizarse de la sujeción geográfica. Su afán es de universalidad. También ella intercomunica; pero la lengua oral intercomunica a los que conviven en el tiempo y en el lugar, mientras que la literatura pone al habla a los espíritus asociados por otras realidades, confabulados por una actitud espiritual pariente (que determina los caracteres diferenciales con que nace y va viviendo la lengua literaria); y relaciona a los de hoy con los de antaño, y a los del porvenir con los de hoy, y a los de aquí con los lejanos de Méjico y España. El medio humano para quien y por quien se hace esa lengua no convive ni en un tiempo ni en un lugar determinado. Es ubicuo y con ciertas pretensiones de acronismo. Y la lengua se alimenta y crece de los inventos estilísticos que se convencionan en ese medio. No importa de dónde sea el autor del invento. El área de convencionalización varía, naturalmente, de caso en caso. Volvamos al ejemplo de Carriego: la emoción poética con que tiemblan en él las palabras *costurera*, *suburbio*, *organito*, toca tan ciertamente la sensibilidad de un lector como Borges, que en adelante ya son para éste como símbolos provocadores de un modo de emocio-

narse. También los diapasones de otros lectores y escritores se pondrán a vibrar al unísono de la emoción oída. Lo original se ha hecho convención. Un rasgo de estilo se convierte en elemento de lengua literaria. Pero ¿cómo descartar que obras sensibilidades no nacionales se sientan conmovidas de modo acorde? ¿Cómo descartar que lo convencionalizado primero en el círculo de los lectores más devotos de Carriego se extienda luego a todos los escritores de nuestra lengua, aun entre aquellos que nunca lo han leído? La convencionalización de un rasgo de estilo tenderá naturalmente siempre un alcance, en extensión y profundidad, condicionado por el influjo que su inventor ejerza en la literatura de nuestra lengua. Influjos directos o indirectos: seguramente escriben hoy *mujeruca* muchos plumíferos que no han leído jamás a Pereda. Con tener tantas novedades en su tiempo el lenguaje de Rubén, hubiera sido quimérico hablar de una nueva lengua nicaragüense. Aquellas novedades se convencionalizaron rápidamente en Sudamérica, sobre todo en Chile y en la Argentina y en el Uruguay. ¿Lengua sudamericana naciente? Rubén visitó España también, y pronto los modos de Rubén fueron moda asimismo en España. Rubén contribuyó como el que más del 98 a soltar la lengua literaria. Muchas de sus flores están hoy marchitas; algunas hasta son sospechosas de descomposición,

de modo que ahora las evitan con todo cuidado los escritores posteriores, que consideran superado el movimiento que se llamó modernista; pero el aporte de Rubén a la lengua literaria general es ya de naturaleza permanente, porque no consistió tanto en un repertorio de esfuerzos logrados como en una vitalización de la energía, de la agilidad y de la capacidad expresiva del idioma. Y aun sus rasgos lingüísticos enumerables están ya en el acervo común: cuando no sólo se calle todo este retruque de gritos polémicos, sino también cuando haya perdido sentido toda posición y recelo en relación con el modernismo, hasta los mismos *lagos* y *cisnes* guardarán ya en español por siglos como un eco lejano de la emoción poética con que los animó Rubén. Es que en la lengua poética, precisamente por sus caracteres específicos, lo que tiende a convencionalizarse es el modo de emoción, de ninguna manera encerrable en fronteras geográficas*.

En suma: para que en la Argentina cuajara algún día una lengua literaria nacional, con rasgos diferenciales legítimos y suficientes, sería necesario que aquí se cerraran las puertas a la

* Hablo, naturalmente, de la que no sea emoción de localismo, pues entonces el local la siente en todas partes de modo distinto que el forastero. Si por *suburbio* entendemos el de Buenos Aires, claro que un porteño se emocionará de modo distinto que un santafecino.

literatura de Méjico, de España, de Chile, de Cuba, a fin de que las sucesivas generaciones de poetas argentinos evitaran el riesgo de adueñarse de toda innovación extranjera; y luego que los poetas argentinos no tuvieran el menor poder o influjo sobre los demás, sea por su aislamiento, sea por su calidad, para que las convenciones —los rasgos de estilo convertidos en lengua— no traspasaran el área nacional.

Localización del problema

Para que nadie me suponga gratuitamente la intención de zaherir al medio intelectual de que formo parte, tendré que sentar que en todas las naciones hay escritores torpes en el manejo de su propia lengua y que en la Argentina los hay maestros. Y no cito para no omitir. Si no me detengo ahora a estudiar el especial carácter que pueda acusar ese buen castellano de la Argentina, es porque el propósito de este ensayo me lleva por otro camino. Lo que hago aquí es tratar de llegar a las fallas genéricas de nuestros escritores que escriben mal, directamente, para perseguir el conocimiento teórico del problema: en qué consiste ese mal escribir y a qué obedece; e indirectamente, para un posible fin práctico: la propuesta de la solución del conflicto. Esas fallas que llamo genéricas alcanzan en distinto

grado a unos y a otros; pero como son evidentes, permiten forjar un tipo ideal de escritor local defectuoso al cual nos vamos a referir. Ese tipo es el escritor-masa, como diría Ortega y Gasset, el que forma el medio y el ambiente donde los escritores de personalidad respiran y se mueven. Ese escritor-masa es no sólo el poeta mediocre y el oscuro cuentista y el periodista anónimo, sino también el médico que publica su monografía y el abogado sus panfletos y el político sus manifiestos. Y no se me diga que mi rebuza es ociosa, ya que entre los escritores sólo cuentan los de personalidad; precisamente nos interesan los otros como elemento atmosférico en el que viven sumergidos los verdaderos escritores. Y, sobre todo, ello nos va a permitir averiguar en qué consiste radicalmente el problema de la lengua literaria en la Argentina, tan a menudo puesto sobre el tapete.

Lo primero que sorprende comprobar es que en Buenos Aires el escritor inhábil (digamos el que escribe para la publicidad y lo hace con torpeza) abunda alarmantemente más que en otros países de lengua castellana. ¿Por qué? Luego lo hemos de ver. Ahora nos toca indagar en qué consisten aquellas fallas genéricas denunciadas: Una es que en ellos la tradición de su propia lengua literaria es débil, imprecisa, llena de lagunas y hasta de falsos tradicionalismos. Alguna vez esta inseguridad estalla en palabras

134

de rebeldía contra toda tradición; pero no es auténtica tan absurda postura, porque son evidentes en ellos los esfuerzos por acomodarse a una tradición, aunque rechacen algunos elementos de ella. Por más que griten otra cosa, ellos viven esta verdad: que el hispánico o el germánico descontentos de su lengua literaria respectiva pueden —los que puedan— elegir el francés o el inglés para expresarse literariamente; pero que para escribir, no es posible desentenderse de toda lengua literaria cuando la hay. En la Edad Media, como los poetas y el público ya no entendían el latín, se tuvo que poetizar en romance, en la humilde lengua de los menesteres diarios. Pero eso ya fué crear y luego continuar el aspecto poético de la lengua. Cuando no la hay, se la inventa; pero una vez en curso ya no le es posible al poeta crear sin ella. Hasta los escritores que con toda intención tratan de utilizar puramente la lengua familiar y aun la rústica, echan mano en cada página de elementos exclusivamente literarios. Pío Baroja, en España, es un ejemplo instructivo. Y aquí José Hernández y todos los escritores gauchescos son también buena muestra de la imposibilidad de escapar a la lengua literaria siempre que se cultive no importa qué clase de literatura. En el *Martín Fierro*, y mucho más en los otros poemas gauchescos, pululan palabras, giros, comparaciones, etc., propios de la lengua

poética, que nunca se han oído en boca de un rústico si no es como cita o como un conato de lengua superior. Y ni siquiera en boca de un hombre de ciudad que no sea literato. Y, sin embargo, parece verdad obvia la afirmación uniforme de críticos y profesores de que el *Martín Fierro* está compuesto netamente en la lengua que hablan los gauchos *. Hasta ese punto, en cuanto nos ponemos en actitud de lector, nos parecen naturales ciertos procedimientos idiomáticos. Nos parecen naturales, y lo son; sólo que su carta de naturaleza está en el reino de la literatura. El error proviene de no diferenciar lo que es natural, adecuado y libre de afectación en la lengua escrita, de lo que es natural en la oral. Los literarismos del *Martín Fierro* pasan inadvertidos precisamente por su perfecta naturalidad, quiero decir legítimidad. Y si ni siquiera los que remedan las hablas rurales escapan a pensar con tradicionalismos literarios, ¿cómo sucedería tal cosa con los demás escritores? Nuestro escritor-masa usa también arcaísmos, pero se caracteriza por una azarosa inseguridad ante ellos: siente un recelo suspicaz ante multitud de literarismos que los escritores de los demás países emplean, pero que

* Nada más que empezado el poema leemos:

como la que solitaria
con el cantar se consueta.

aquí se esquivan, no se vaya a pensar que se les echa uno de escribir castizo. En cambio, se escriben con fruición falsos o raros arcaísmos, como el orden de palabras en *el visitante sentóse* o algunos curiosos empleos de la forma *-ra* del pretérito: *Palos, el puerto de donde partiera Cristóbal Colón*... Estas formas en *-ra* son particularmente frecuentes en el lenguaje periodístico de la Argentina y están empleadas las más veces con un propósito nada más que ornamental; su sentido es, por turno, cualquiera de los tiempos del pasado *.

La falta de nuestro escritor-masa respecto a los literarismos consiste, pues, en una azarosa

* Sin embargo, creo percibir una tendencia de la lengua escrita local a fijar el uso sintáctico y el sentido de la forma en *-ra*. Cuando un periódico escribe: "La noticia que este diario *dierra* tiene confirmación", entendemos 'que ya ha dado', 'que, como sabe el lector, ya ha dado'; "el puerto de donde Colón *partiera*" es 'el puerto de donde, como todos saben, Colón partió'. Es la referencia a un hecho pretérito que se supone conocido del lector. Pero esto no es más que una preferencia; también usan la forma en *-ra* para informar. Asimismo se puede advertir la tendencia a reducir el uso sintáctico de *-ra* a las frases relativas (*tras que, donde, como, cuando*). Parece que esta boga de la forma en *-ra* es aquí relativamente reciente; algunos escritores, todavía vivos, la usaron como recurso estilístico para dar solemnidad histórica al suceso narrado. Hoy ya es más bien un elemento generalizado en la lengua escrita.

inseguridad de triple manifestación: pobreza, falsificación e imprecisión de sentido. De las tres, la última es la más grave y la más necesitada de remedio. Esa falta de precisión no se explica sólo por escasa familiaridad con la literatura, sino que tiene la raíz en la lengua oral de Buenos Aires, en la que con toda desidia se encomienda al tuntuñ el sentido de las palabras y de las frases. De aquí resulta la segunda falla. La lengua literaria camina sobre dos pies, y nuestro escritor-masa renquea de los dos. El uno es la tradición interna ya explicada; el otro, la lengua oral. El que la lengua escrita y oral sean diferentes no implica que sean independientes. Al contrario, el razonamiento puede ser así: en una comunidad en que la cultura esté bien socializada, la lengua escrita y la oral son interdependientes, se trasfunden mutuamente y viven una de la otra; luego son diferentes. Si se independizan, la escrita es lengua muerta y la oral un *patois* *. Cuando hemos dicho atrás que la riqueza de la lengua literaria depende, de un lado, del grado en que se vive solidariamente su tradición y, de otro, de los aportes sucesivos

* Así sucedió en la Edad Media con el latín de los escolásticos y, respectivamente, con el romance. Y si éste salió de su baja condición de *patois*, fué gracias a la socialización de un nuevo sentido lingüístico que irradiaron las nacientes literaturas: el sentido de la norma, de que luego hemos de hablar.

del estilo, ya estaba aludida ahí la lengua oral, porque el estilo individual se inserta en el habla. Claro que en el habla individual, pero como ésta es cosa de convivencia, está condicionada por la lengua ambiente.

Pues bien: la lengua oral, en la que necesariamente tiene que sustentarse su literatura el escritor-masa, adolece de los mismos defectos apuntados arriba: limitación, falseamiento, imperio del tuntún *. Considerérese cuán desamparado está en su tarea el escritor-masa: por un lado, no se le ha dado una educación suficiente en la tradición de su propia lengua escrita; por otro, encuentra que su lengua oral es un instrumento estropeado, inadecuado para la expresión más responsable y más exigente de la actitud literaria.

El resultado es éste: Es cierto que la lengua escrita más abundante en Buenos Aires difiere en muchas cosas de la general, pero ésta es típicamente la lengua de redactores ocasionales—y, en parte, de algunos de los otros— y sus diferencias no consisten tanto en nuevas acuñaciones de expresión como en el uso borroso y des- acertado de las acuñaciones lingüísticas de que se sirven los buenos escritores de aquí y de fuera de aquí.

* Más adelante explicaré el alcance de esta afirmación. Ahora cuento con que el lector me ha concedido su fe provisionalmente.

Interdependencia
de lengua oral y escrita

Nos vamos acercando al centro mismo del problema, que es la lengua común como instrumento social de intercomunicación. Pero antes de dar en él de lleno, necesitamos poner en claro algunas ideas que nos permitirán contemplar mejor los *c ó m o s* y los *p o r q u é s* de nuestro propio caso.

¿Cómo es funcionalmente esta interdependencia de lengua escrita y oral? La lengua literaria, cuando poética, es una trasposición de la oral a un plano estético, un desplazamiento sistemático de valores lingüísticos. Y si científica, una trasposición a un nivel y equilibrio más rigurosamente lógicos. Y en todo caso supone un perceptible aumento de la tensión creadora del espíritu. En nuestros buenos escritores esta presencia de la lengua oral trasmutada en la escrita es una realidad cumplida, y no sólo un imperativo o un ideal. Hasta en las páginas más arcaizantes de *La gloria de don Ramiro* hay siempre palabras y formas de la lengua oral del autor. En último término esto es lo seguro: que de la intrusión de lo oral en lo escrito nadie escapa, y que con sólo lo oral nadie escribe. Las palabras, además de referirse a su objeto, vienen cargadas de alu-

siones multilaterales a la vida y al especial modo de cultura tradicional de los hablantes: a la estructura social, a los hábitos profesionales, a variables áreas geográficas (local, regional, nacional, etc.), a sucesos históricos que quedan en el espíritu de las gentes como experiencias acumuladas, a las emociones personales del que habla; ellas traen determinadas intenciones y diferente eficacia de acción sobre el oyente, que varían en los distintos medios según hábitos de hablar que la tradición ha ido fijando; tienen variado prestigio social (plebeyas o literarias, pretenciosas o normales). Es la trama misma de la vida resonando a propósito de cualquier insignificancia. Y como estamos discutiendo sobre el pie forzado de cómo se enfrenta en lo idiomático lo argentino a lo general, la pregunta que salta ahora es ésta: la obligada intervención de la lengua oral ¿no asegura a la lengua literaria argentina un timbre peculiar, que la oponga en cierto modo a la lengua general? Pues claro que sí. Indudablemente, la lengua de Buenos Aires, tanto la hablada por los porteños de la mejor educación idiomática como la buena prosa y el buen verso, tiene un carácter especial, ya que el hombre porteño tiene una índole peculiar y una historia propia que lo caracterizan entre los demás tipos hispanoamericanos. Es esa índole que los viajeros ilustres y dados a filosofías tratan de desenigmatizar y

de reducir a cifra desde hace unos años. Y esa índole (que en lo que tiene de genérica, esto es, de porteña o de argentina, es también historia y cultura) se manifiesta en el hablar y en el escribir. Es cierto material léxico elaborado y dignificado por generaciones argentinas; pero es, ante todo, un preferir en la utilización de elementos idiomáticos, una tendencia a determinados giros, un tono de voz, un aire de la frase, cierta especial resonancia emotiva y valorativa con que zumban o susurran algunas palabras. Todo esto debe ser expresión adecuada de la índole porteña. ¿Cuál es esta índole y cuál es su expresión idiomática lograda? No voy a agregar una fórmula más de la idiosincrasia porteña a las ofrecidas estos últimos años. En cuanto a su expresión idiomática, ya he apuntado que consiste en algunas peculiaridades de vocabulario y en cierto sesgo que tiene el uso porteño de la lengua española. No es distinta la lengua de Buenos Aires de la de los demás países hispánicos, pero es peculiar en cierto modo el uso que se hace de esa lengua: eso entra en el estilo. Mas lo primero que en esto se ha de salvar es el pensar que nosotros seamos los únicos en el caso: el problema se trasplanta íntegramente a Santiago de Chile, a Lima, a Madrid, a Sevilla, a Méjico. Cada centro de producción literaria, como tenga continuidad y tradición, dará a su prosa y a su verso un timbre peculiar.

Y entonces ¿dónde queda la lengua general? El problema se puede extremar con entera legitimidad: cada porteño que escribe lo hace con su timbre personal. ¿Dónde queda entonces el timbre común porteño?

Variedad no es escisión. El sentimiento de identidad que tenemos para una lengua, como se basa en el conocimiento intuitivo de un sistema de expresarse, no se lesiona porque en una comarca, en una escuela literaria o en una época hay algunos elementos divergentes, o porque se manifiesten ciertas preferencias en el uso del sistema común. La lengua española clásica es sentida como una. Y, sin embargo, en la lengua de los escritores de la escuela sevillana que inspiró Fernando de Herrera hay auténticamente un timbre peculiar tan marcado como pueda serlo el actual de Buenos Aires. Es como un especial aire de familia, un andalucismo—digamos cómodamente—que no se halla en fray Luis de León, ni en Quevedo, ni menos en Santa Teresa. Hoy mismo, cuando los hermanos Quintero escriben sainetes madrileños, sus chulos son andaluzados de expresión, a pesar de todos los esfuerzos de los autores por reproducir la pronunciación, la nomenclatura y la fraseología de los barrios bajos de Madrid. Buen argumento a favor de la perduración de un sentido andaluz de la lengua. Pero, con todo, nadie ve en ello asomo de heterodoxia porque, dentro de la

gran unidad del idioma, tales variedades son perfectamente ortodoxas. En gran parte, esas variedades son hermandades de estilos. Pero como la lengua se va nutriendo de elementos de estilo convencionalizados, vueltos mostreros, de modo que lengua y estilo sólo se diferencian en el grado de convencionalización, también hay en tales variedades elementos diferenciales de lengua.

Pero tratemos de ver con justeza el alcance de estas variedades: La legítima lengua literaria argentina, ¿sobre qué lengua oral se erige? El hablar de Larreta, de Lugones, de Fernández Moreno, de Borges, de Capdevila, por una parte, y el de Alfonso Reyes, Gabriela Mistral o Unamuno, por otra, tiene divergencias menores que las que cualquiera puede comprobar entre el de los citados escritores argentinos y el de un obrero y hasta el de un empleado porteño (y no digamos sanjuanino). Ya hemos dicho que cuanto más cultas son las personas, aun siendo de los países más distanciados de habla castellana, más convergen en una lengua general. Las mayores divergencias están en los respectivos vulgares. Pero además, cuando de la lengua conversacional de los escritores citados pasamos a la escrita, encontramos que de las no demasiadas diferencias orales las menos son las trasfundidas a la literatura; y esto no sólo por el espíritu de universalidad que anima a la lengua litera-

ria, sino muy principalmente por ser esas divergencias propias del momento menos tenso de la conversación. Quiero decir: no tanto para no chocar a un posible lector de otras naciones —designio de un mayor alcance—, cuanto por una incompatibilidad interna, en el seno del escritor mismo, entre la tensión tirante del momento literario y la flojedad que corresponde a las formas conversacionales eliminadas. Para que un autor de cualquier país incluya en su escribir, sin propósito de utilizar lo pintoresco, una forma de su hablar, es preciso que ésta haya alcanzado un especial prestigio social, y que, aun dentro de los círculos más elevados, no conlleve un matiz de familiaridad. Lo apartado en cada centro de producción literaria es, pues, mucho menos de lo supponible sin examen. Precisamente la lengua literaria general es un intento constante de nivelación —no de extirpación— de las distintas variedades locales. Y tengamos muy en cuenta que, por los vasos comunicantes de la lengua literaria, no sólo se nivelan muchas denominaciones, sino, muy especialmente, modos de emoción. Y así como estas nivelaciones lingüísticas son el resultado de convergencias espirituales de escritores de cualquier país, así también las más importantes diferencias (salvo cierto léxico, especialmente indigenista) dependen más de divergencias estéticas entre los distintos poetas

que de la diversidad y el alejamiento de las tierras donde cada uno mora. El castellano poético del argentino Lugones y el del español Villaspesa se parecen mucho más, incomparablemente más, que las prosas de dos españoles como Pereda y Miró, y aun que las de dos levantinos coetáneos como Miró y Blasco Ibañez.

Los escritores de calidad, al vivificar la lengua escrita con la oral, sean de la nación o región que se quiera, no dañan en nada a la lengua general, antes al contrario, así la hacen y rehacen como "general", puesto que todos ellos forman, merced a la imprenta, un ambiente humano libertado de la sujeción geográfica. Pero esto es posible gracias a que la lengua oral de que parten tiene en todos ellos un grado suficiente de calidad, un estado de fijeza y afirmamiento adecuado, una madurez cultural que permite el paso insensible al plano literario sin necesidad de saltos acrobáticos. Por esto el con-flicto se torna gravísimo en cuanto pasamos de los escritores calificados al escritor-masa de Buenos Aires; en cuanto pasamos de la lengua oral culta de unos pocos, que juntamente con la de los cullos de los otros países forma nuestra lengua general, a la lengua oral del escritor-masa, que tiene una más peculiar fisonomía local. Luego vamos a intentar caracterizar esta fisonomía. Por ahora adelantamos que, en esta

ciudad de aluvión, la lengua que más se oye, no en los bajos fondos ni en personas de cultura excepcional, sino entre la mayoría de los profesionales, de los empleados, de los comerciantes y de sus familias, y hasta en profesores, es de una calidad demasiado baja y de una cantidad de elementos demasiado pobre. En el obligado injerto de la lengua escrita en la oral, la hablada por la masa de los porteños no está en condiciones de colaborar con dignidad en la literatura. El escritor que quiera serlo de verdad, no tiene otro remedio que hacer suya la lengua de los cultos de este y de los otros países hispanicos.

Esta es una de las dos razones raigales de por qué el escritor —digamos el redactor— que escribe mal abunda en Buenos Aires de modo excepcional: su lengua oral no tiene suficiente calidad.

Veamos ahora el reverso de la cuestión. La lengua oral, en réplica, recibe por intermedio de los grupos más cultos de la comunidad una ininterrumpida corriente de elementos literarios. Cualquiera artesano usa hoy unos centenares de palabras de origen libresco: *inmenso*, *alimento*, *conducta*, *causa*, *fingir*, etc., palabras que como otras muchísimas han nacido a nuestra lengua y vivido un tiempo exclusivamente en la literatura, en la filosofía, en la ciencia. Quevedo se burla en la *Culca Latiniparla* (1629)

de los afectados que dicen *plagiario*, *estupor*, *estrépiteo*, *frustrar*, *ingrediente*, *patíbulo*, *descrédito*, y otras voces que hoy están en todas las bocas. Juan de Valdés, en su famoso *Diálogo de la lengua*, reprocha a Juan de Mena expresiones como *rostro jocundo*, que sólo le entienden los latinistas. Luis Vélez de Guevara, en el tranco X de su *Diablo Cojuelo*, finge unas "Premáticas y ordenanzas, que se han de guardar en la ingeniosa Academia Sevillana desde hoy en adelante". De esas premáticas es este pasaje: "Primeramente se manda que todos escriban con voces castellanas, sin introducciones de otras lenguas, y que el que dijere *fulgor*, *libar*, *numen*, *nurpurrear*, *meta*, *trámite*, *afectar*, *pompa*, *tremula*, *amago*, *idilio*, ni otras desta manera, ni introdujere posposiciones desatinadas, quedé privado de poeta por dos academias, y a segunda vez, confiscadas sus sílabas y arados de sal sus consonantes como traidores a su lengua materna." Ninguna de estas palabras, censuradas en 1641, choca hoy en la literatura; y algunas son perfectamente corrientes en la lengua oral. ¿Cómo ha sido posible esa transusión y cómo ha podido llegar el uso de esas voces a tal profundización social? He aquí primeramente un pasaje de la comedia de Rojas Zorrilla *Entre bobos anda el juego* (Jornada I), en el que se pinta la resistencia burlesca que en-

cuentra el gusto de algunos por expresarse con palabras de pretensiones literarias:

ISABEL.

El tal señor

visto es muy mala figura,
pero escuchado es peor.

ANDREA. ¿Habla culto?

Nunca entabla

ISABEL.

lenguaje disparatado;
antes, por hablar cortado,
corta todo lo que habla.
Vocablos de estrado son

con los que a obligarme empieza:

dice *crédito*, *fineza*,

recato, *halago*, *atención*;

y desto hace mezcla tal,

que aun con amor no pudiera

digerirlo, aunque tuviera

mejor calor natural.

ANDREA.

¡Ay, señora mía, malo!

No le vuelvas a escuchar

que este hombre te ha de matar

con los requiebros de palo.

ISABEL.

Yo admitiré tu consejo,

Andrea, de aquí adelante.

ANDREA.

Señora, el que es fino amante

habla castellano viejo;

el atento y el pulido

que éste pretende, crecerás,

ser escuchado no más,

mas no quiere ser querido.

Pero véase esta otra escena de Lope de Vega,
El desprecio agradecido, acto I, en donde se ad-

vierte cómo este tipo de léxico va ganando aceptación complaciente, a favor de la moda:

FLORÉLA. ¡Qué bueno estuvo esta tarde
el Prado!

LISARDA. La procesión

de los coches fué notable.

FLORÉLA. ¡Bravo humo, brava gloria,

brava prosa de galanes!

Muy valioso anduvo riesgo,

superior, inexcusable,

valimiento, acción, despejo,

ruidoso, activo, donaire,

lucimiento y carrañas.

LISARDA. ¡Caso extraño! ¡Que el lenguaje

tenga sus tiempos también!

FLORÉLA. Vienen a ser novedades

las cosas que se olvidaron.

Indudablemente, apenas alcanzado el medio-día por nuestra literatura, hubo en la lengua oral una verdadera inundación de literarismos léxicos *. A muchos de nuestros clásicos esto

* Don Ramón Menéndez Pidal, en un ensayo de valor extraordinario, *El lenguaje del siglo XVI* (*Cruz y Raya*, núm. 6, Madrid, septiembre 1933), ha caracterizado magistralmente momentos como el de Garcilaso por su ideal de selección; otros, como el de Lope, por el de invención en el vocabulario. Estas citas que aquí aduzco aluden a hábitos de la lengua oral y prueban hasta qué punto se identifican la historia de la lengua y la de la literatura.

les pudría, por la afectación que denunciaba el abuso.

El mismo Lope de Vega, en la dedicatoria de su comedia *Pedro Carbonero*, se revuelve agresivo contra quien le reprendió por haber dicho *emperadora*, "muy vano de que él sabe que se avía de dezir *emperatriz*; y es disparate, por que en Castilla no ay tal voz, como se ve por exemplo, sino que la curiosa bachillería ha latinizado con aspezeza lo que tiene en su lengua con blandura; *emperatriz* ha dado causa para que a la embaxadora llamen *embaratriz*, y a la tutora de sus hijos, *tutriz*; de donde se sigue que a la cantadora llamaremos *cantatriz*, y a la habladora *hablatriz*, y a este modo sexcentalia". También Tirso de Molina (*Celos con celos se curan*, acto III) se lamenta por boca de su personaje Gascón:

Miren vuesitras dos
cuál anda ya nuestro idioma:
todo es *brillo*, *emula*, *aroma*,
fatal... ¡Oh!, maldiga Dios
al primer dogmatizante
que se vistió de *candor*.

Es evidente que, si estas burlas están justificadas contra los que afectan cultura con su léxico libresco, la afectación léxica únicamente es comprensible en algunos frívolos gracias a que el vocabulario culto es de necesidad real en la lengua hablada de algunos hombres.

Y estos hombres de necesidades expresivas son los que van haciendo la lengua culta y general. Uno de nuestros más decisivos conductores de la lengua culta, el citado Juan de Valdés, declaraba hace justamente cuatrocientos años que querría introducir en el castellano las siguientes palabras que sus necesidades de expresión echaban de menos, y que por eso, y por necesitarlas igualmente otros hombres cultos, han acabado hoy en su mayoría por ser de la lengua común: del griego *paradoja*, *tiranizar*, *idiota*, *ortografía*; del latín *ambición*, *excepción*, *objeto*, *dócil*, *superstición*, *decoro*, *profesión*, *persuadir* y *persuasión*, *estilo*, *observar* y *observación*; del italiano *facilitar*, *fantasia*, "en la significación que lo tomáis acá", *aspirar*, "por tener ojo", como quien dice: cada cardenal aspira al papado", *dinar*, *entretener*, *discurrir* y *discurso*, *manejar* y *manejo*, *deseñar* y *deseño*, *ingeniar* por *inventar* con el *ingenio*, *servitud*, *novela* y *novelar*, *cómodo* e *incómodo*, *comodidad*, *solacio*, *martelo* "porque no parece que es lo mismo que *celos*", *pedante* y *assassinar*.

Es que ni los intereses y temas propios de la alta cultura ni sus adecuados medios de expresión lingüística están reclusos en los signos del papel como en una caja de seguridad, sino que se extienden sin fronteras físicas ni exactas por la misma lengua hablada de los individuos directamente interesados. Esos individuos for-

man un grupo social, o, más concretamente, cultural, y en su espíritu la lengua literaria no es mera información, sino formación, educación, cultura. En su espíritu se han hecho espontáneos nuevos modos de conocer y reconocer, de sentir y de imaginar, de valorar, de reaccionar, y de accionar; todo lo cual quiere decir, paralelamente, modos adecuados de expresión. La lengua literaria es todavía en esos individuos diferente de la oral, pero la intertransfusión de elementos es en ellas tan copiosa y el temple de la lengua hablada es a veces tan tenso que, considerados desde la conducta de la plebe, aquéllos hablan lengua escrita. Un elemento de la lengua escrita comienza por usarse y aceptarse en un pequeño círculo de personas, reducido primero a los profesionales de las letras o de las ciencias y a los espíritus más dotados (a veces afectados) y sensibles a la necesidad de expresión; luego se amplía hasta alcanzar a las llamadas clases ilustradas enteras y, por fin, a toda la comunidad lingüística. La condición previa es, pues, la existencia actuante en el campo social de ese grupo cultural de extensión variable, para cuyos individuos la representación inherente a tal elemento literario sea un acto normal de pensamiento.

Pero esto no basta. La existencia de ese núcleo de cultos no sólo tiene que ser actuante, sino eficaz, lo cual traslada la cuestión fuera de

ellos. La segunda condición para la generalización de literarismos es cierta porosidad receptiva en las zonas sociales que circundan cada vez más distanciadamente al grupo social mentalmente privilegiado. Esta porosidad no es otra cosa que docilidad, entendido a la latina, *enseñabilidad*, la cual es mera manifestación externa de una actitud íntima especial ante el fenómeno social del lenguaje: el sentido de la norma.

Pero ¿qué es lo que ocurre a este respecto en Buenos Aires?

La masa cierra sus poros con recelo — su burla es también recelo y defensa — a toda posible infiltración idiomática culta. Fernández Moreno me cuenta la estupefacción que causó en una tertulia de gente acomodada la palabra *vehemente* que él empleó; un culto profesor universitario se me lamenta de que durante toda su vida estudiantil tuvo que vivir en sobreaviso, sujeto a un trabajo constante de limitación en el hablar para evitar las burlas de los compañeros. Esta actitud recelosa de la masa ante los elementos cultos del habla, incluso se contagia algo a las personas realmente cultas y aun refrenadas que me cuentan cómo es necesario limitarse en la conversación y en el escribir para no parecer afectado.

En cambio, paradójicamente, circulan aquí en el habla de todo el mundo, aun entre los obreros, muchos cultismos que en España, por ejem-

144

Alonso
como lenguaje
indistinto

porosidad
docilidad

plo, serían inverosímiles: *Cuando el presidente asumió el mando...*, *el cargo edificio*, *los brillantes contornos que adquirió la fiesta*, *los equívocos que dirimen superioridades*, *el nosocomio*, *estar en vigencia*, *cortar el cabello*, etc. Se trata de palabras y clisés favoritos de la prosa anónima del periódico, que los lectores se apropiaron y repiten. Y no hay paradoja. También en esto se denuncia que está muy debilitado el sentido de la dualidad lengua escrita-lengua oral. La misma actitud que predispone a la gente contra los cultismos de los escritores legítimos, le hace aceptar con abundancia los oropeles barrocos de la prosa urgente de los gaceteros, justamente porque les son dados con mucha frecuencia en confada promiscuidad con vulgarismos de léxico y de construcción. Así no le son recelosos.

Al desconectar la lengua escrita de la oral, todo el mundo se resigna aquí a empobrecer su instrumento de intercomprensión. No buscamos explicación mágica a esta situación lamentable: aquí funcionan las mismas causas y condiciones que en cualquier estado de lengua: conficto individual-social o de la expresión con la comprensión; lucha de acomodaciones sociales, entre cuyas manifestaciones hay que contar en primera línea con el afán de imitación o coincidencia y con el temor a la condenación social por inadaplado al medio; espíritu de universalidad y espíritu de campanario en contrapeso.

Lo que aquí discrepa de otros medios sociales es el cariz de la lucha y las razones valederas para la acomodación social. Todo depende de esta realidad social: que Buenos Aires está formado en su mayoría por extranjeros y por hijos de extranjeros. Y aunque sólo me refiero a extranjeros de lengua, incluyo naturalmente a muchísimos millares de gallegos que han venido a aprender el español aquí, o que sólo lo conocían, al llegar, de modo deficiente. Los nuevos aprendían un castellano precario y defectuoso, y sus hijos tenían que acomodarse tanto al ambiente de la familia como al de la calle. Pero en éste ya dominaban ellos. El resultado es un empobrecimiento y rebajamiento del habla urbana, cuyos rasgos sociales principales son éstos: indulgencia para la impericia y sentido hipercritico de la afectación. No se condenan las chaperías, pero sí todo lo que huele a pretensiones de hablar mejor que los otros. Consecuencia: el recostarse, al hablar, en lo que dicen los consabidos y la situación, en vez de expresar uno mismo su propio pensamiento. El espíritu localista acogota al de universalidad. El sentido de la norma queda relajado, como por trance de fuerza mayor. Porque no es que los extranjeros venidos en aluvión formen la masa de los artesanos y de los sirvientes, sino que están también en todos los puestos directivos de la soci-

dad de donde suele emanar la norma. Ellos y sus hijos son Buenos Aires.

Cuando la lengua hablada pretende desentenderse lo más posible de la escrita, como sucede aquí, se le distienden los resortes que la hacían mantenerse erguida y lista para la expresión de la vida superior del espíritu; y el resultado es que a su vez la lengua literaria, que necesita de la oral de toda necesidad, la encuentra poco menos que inservible. Esta es la otra razón rai- gal de que los que escriben mal abundan en Buenos Aires en mayor proporción que en otras partes: aquí se tiene un recelo casi morboso contra las formas cultas de expresión, si exceptuamos las manoseadas por el periodismo anónimo.

Norma, cultura

El sentido de la norma consiste en un aguzado sentimiento de adhesión —y de responsabilidad, por lo tanto— al designio de intercomunicación que se ve como básico en el lenguaje. Esto acarrea un consiguiente extremamiento de la convención: las palabras precisan su significación, la sintaxis se consolida, se eliminan, menos una, las pronunciaciones concurrentes para una misma palabra, etc. El sentido de la norma implica una actitud de solidaridad y de disciplina so-

cial. El individuo no tiene más remedio que ver la norma fuera de sí mismo, como un valor social que presiona con igual intención sobre él y sobre sus conciudadanos. Por ese presionante valor social, el que habla no sólo es entendido en lo que piensa, sino clasificado como arraigado o como inadaptado a los medios cultos, como afectado o como vulgar, etc. Esto es lo que hace al individuo admitir la existencia supraindividual de la norma y buscarla en aquellos grupos sociales más prestigiosos. No en un hombre discreto y entendido, sino en los discretos y entendidos como fuerza social, como cuerpo social actuante.

Los modos de decir de un hombre culto son para los demás normas en cuanto son normales en el grupo social dirigente; de manera que, si nuestro hombre tiene el hábito de decir *ex-pontáneo* o *ignauración*, se tendrá esto por casos de ultracorrección o de incorrección. Pero si esa pronunciación personal incorrecta o ultradiscretos y entendidos", eso mismo lo haría normal y norma, sin tener en cuenta que su origen fué un error, como ya ha pasado, por ejemplo, con las *ciles* de *llanta*, *grilla* y *Mallorca*, con los diptongos de *friegga*, *piega*, etc., y con los acen-tos de *proyectil*, *reptil*, *textil*, *médula*, *parásito*, *vértigo*, *fárrago*, *riborica*, *púdico*, *imbécil*, etc.

Esta atención a la norma sobreindividual no

supone solamente que las gentes puedan apelar en los casos dudosos a una instancia superior que les regule su conducta idiomática, sino que, en bloque, las gentes reconocen en su mejor gri-po cultural una mejor manera de expresarse, que se les presenta como un ideal. Y las distintas zonas sociales y culturales de la comunidad tienden a hacer suyo ese ideal de lengua, hasta donde respectivamente lo pueden seguir. El temor al ridículo y a la afectación es una forma de la conciencia de esos límites. Cada tipo social lo-calizará su ideal inmediato de lengua en un núcleo que le sea próximo: un obrero lo podrá ver en los empleados con quienes convive. Pero mediata y encadenadamente, el ideal es homogéneo para toda la comunidad. Porque siendo la sociedad más bien un tejido que una serie de capas geológicamente superpuestas, de modo que cada individuo actúa en varios medios (gremiales, intelectuales, económicos, geográficos, etcétera), se entrecruzan de tal manera los variados intereses normativos, que la lengua literaria llega a marcar su influjo en el último rincón.

Ahora bien: el grado de atención a las normas, el grado de imperio de un ideal, es en cada comunidad un índice del grado de su cultura. No insistiríamos tanto en este punto si sólo se tratara de la intravasación de un número variable de elementos literarios en la lengua común. Pero se trata de algo mucho más grave: de la

elevación en junto del tono de la lengua común, de su dignificación, de su liberación del estado de *patois* o de su tendencia a caer en *patois*. Desde un punto de vista muchísimo más amplio, Ortega y Gasset * ha señalado el papel de las normas en la vida de la cultura. Y lo ha hecho, como en él es habitual, con una rotundidad de pensamiento tal, que me gustaría poder decirlo del mismo modo: "Estas normas son los principios de la cultura. No me importa cuáles. Lo que digo es que no hay cultura donde no hay normas a que nuestros prójimos puedan recurrir. No hay cultura donde no hay principios de legalidad civil a que apelar. No hay cultura donde no hay acatamiento de ciertas últimas posiciones intelectuales a que referirse en la disputa. No hay cultura cuando no preside a las relaciones económicas un régimen de tráfico bajo el cual ampararse. No hay cultura donde las polémicas estéticas no reconocen la necesidad de justificar la obra de arte.

"Cuando faltan todas estas cosas no hay cultura; hay, en el sentido más estricto de la palabra, barbarie... La barbarie es ausencia de normas y de posible apelación.

"El más y el menos de cultura se mide por la mayor o menor precisión de las normas. Donde

* *La rebelión de las masas*, Madrid, 1930, págs. 109-110.

hay poca, regulan éstas la vida sólo *grosso modo*; donde hay mucha, penetran hasta el detalle en el ejercicio de todas las actividades."

Todo esto vale de modo muy particular para la lengua, como que es un sistema de convenciones. Las normas no sólo sustentan a la cultura, sino que son la cultura. Y aun tomándolo por su lado externo, resulta para las normas una significación equivalente. La forma externa de la cultura es la urbanidad (no importa ahora que a veces la finja; eso mismo nos confirma). Pues bien: el grado de la urbanidad de alguien se mide por el grado en que se acomode a ciertas convenciones de la urbe. En un medio que llamamos culto se puede observar el extremamiento simultáneo de todas las fórmulas de convivencia: en el vestido, en los modales, en los ritos de la mesa, en el hablar, etc. Es la actitud social, el atender a la valoración social, lo que despierta en el individuo la idea y la necesidad de lo correcto. Quien, en el trato con personas de urbanidad, emplea modos de decir que se oponen a la norma, recibe una sanción estimativa equivalente a la que cae sobre quien, en la mesa de gentes de urbanidad, se permite meterse la comida en la boca con la hoja del cuchillo. La idea de corrección en las convenciones es una conquista de la urbanidad y es apenas sentida en otros estados de lengua, por ejemplo en los dialectos rurales. Es una convención de segundo

grado que obedece no sólo a la necesidad de puntos comunes de referencia, sino a un sentido de cultura superior o, si se quiere, de formas superiores de convivencia.

Normas locales
y normas generales

Bien. Pero las normas de urbanidad tienen sus límites geográficos. Entre los norteamericanos, pero no entre los ingleses, no come decentemente el que a cada bocado no hace con el cuchillo y el tenedor una suerte de juegos malabares. En Alemania, se le dirige la palabra a un superior con los pies juntos después de haber dado un golpe de tacones. Equivalentes discrepancias geográficas hay en los usos idiomáticos. Y lo que ahora nos interesa directamente es: ¿existe aquí un repertorio de normas orales de decir bastante diferenciado del de Méjico y Madrid? Hay en Buenos Aires unos millares de personas cuyos normas de hablar coinciden con las de los cultos de cualquier otro país de habla castellana. Coinciden totalmente en lo que toca al sistema estructural y coinciden en la mayor parte de los elementos que llenan esa estructura. Con frecuencia he asistido a tertulias argentinas en las que había gentes de Méjico, Colombia, las Antillas y España. Si entre los argenti-

nos los había de edad avanzada, entonces se notaba cierta discrepancia en la norma de pronunciar las vocales concurrentes *pior*, *cíido*, *país*, *máistr*, *créa*. Esta es pronunciación que prosperó durante el siglo XIX por casi toda América y por la mitad norte de España (no en Andalucía); contra ella han reaccionado las clases cultas de todos los países reponiendo las acentuaciones *culdo*, *máestro*, *país*, *créa*, etc. También en Buenos Aires ha triunfado la misma raección culta, sólo que con algún retraso respecto a los demás países, en las últimas generaciones. Hoy dicen *país* los hijos de las madres que dicen *país*, de modo que aquella discrepancia es sólo aparente. El seseo no se cuenta como norma en oposición en ninguna parte, ni aun en Madrid: quiero decir que se le tiene por tan legítimo español como el diferenciar *z* y *s*. Otro detalle de pronunciación divergente—muy generalizado, aunque no del todo— se refiere a la erre, pronunciada aquí asibilada y *con t i n u a*, en vez de las vibraciones repetidas que tiene en el español general. Su impresión acústica equidista de la erre vibrante y de la *j* francesa. Esta pronunciación tiene una geografía extensísima: abarca casi toda América y tiene zonas importantes en España. Sólo que en todas partes es vulgarismo, y, aunque se oiga en boca de personas cultas, es como un descuido ocasional, como una inatención momentánea a la norma,

no como una norma que se erige enfrente de otra, pues todas esas personas alternan tal pronunciación vulgar con la general de erre vibrante *. Un caso semejante es el de la aspiración de la *s* final de sílaba, especialmente ante el sonido *h* (*bohque*, *calico*). En otras partes es pronunciación reducida al vulgo; aquí, con frecuencia se le oye a personas cultas, alternando con la normal. También el sonido de la jota tiene un matiz propio cuando va seguida de *r*, *i* (*mujer*, *dirigir*), *con s i s t e n t e*, al oído, en el adelgazamiento y alza de tono de esa consonante (claro que las consonantes tienen también su altura musical!) y, por su ejecución, en que se articula un poco más adelante que donde lo hacen los españoles. La *g* suave de *guerra* o *guisar* tiene las mismas características articulatorias, pero es menos chocante al oído, debido a su sonoridad. Los chilenos que llegan casi a decir *la yerra* (no con *y* porteña) por *la guerra*, tienen esta misma diferencia mucho más acusada. Pero esto en Buenos Aires no es cosa de norma sentida: al contrario, la mayoría de los porteños no ha repara-

* Es más: en Buenos Aires es creencia común que tal pronunciación es propia de los correntinos (algo así como *cogentinos* dicho por un porteño), que, en efecto, la tienen más marcada. Esto mismo prueba que en los casos porteños no se trata de norma, sino de accidentes de pronunciación, por frecuentes que sean.

rado en esta diferencia y hasta muchos estarán dispuestos a negarla.

En realidad, la única norma de pronunciación que aquí encuentro discrepante de la norma panhispanica es la de la *ll*, *y*. El yeísmo, o igualación de *y* y *ll*, es rasgo bastante extendido por España y América, aunque en América muchos menos de lo que se cree. Pero en Buenos Aires hay una particularidad: se añade al sonido propio de la *y* —propio en español, inglés, francés, alemán, etc.— un rehilamiento (Espronceda hubiera equivocado *rielamiento*), un zumbido provocado por las vibraciones de la mucosa lingual. La impresión acústica se aproxima a la de la *j* francesa, pero no la iguala: falta a la articulación argentina abocinamiento labial y no se forma tan cerca del ápice lingual como la francesa. Pronunciación semejante se oye en partes de Nuevo Méjico, de Méjico, de Castilla la Nueva y de Andalucía. Siempre en áreas reducidas. Lo mismo aquí. Hay quien arrastra la *y* con fruición nacionalista; pero lo cierto es que para que esa pronunciación constituyera rasgo nacional casi tendría que acabar la Argentina en Buenos Aires. Eso sí: la capital, La Plata, Rosario (y Montevideo), es decir, las más importantes concentraciones humanas del Plata pronuncian así. Pero la inmensa mayoría de la superficie argentina, no. No sólo los correntinos, que dicen *calle* y *mayo* como los castellanos vie-

jos, y no sólo las provincias cuyanas y gran parte de las del antiguo Tucumán, sino que hasta en la misma provincia de Buenos Aires se discrepa de la capital. He estado abento muchas horas a las conversaciones de peones y reseros en estancias del Azul y tenía que afinar bien el oído para percibir un conato de rehilamiento en las *ll*, *y* de aquellos argentinos.

En las formas gramaticales hay que contar el voseo con su vacilante concordancia (*vos tenés* pero *vos querás*), de uso, si no obligado, sí casi general en la Argentina; el adverbio *medio* convertido en adjetivo (*media muerta*); el vulgarismo *nadies*; ausencia de *vosotros* suplantado por *ustedes*, rasgo común a toda América; ausencia del futuro flexional, suplantado por formas perifrásticas no sólo en casos posibles en España (*voy a ir* por *iré*), sino hasta en el llamado futuro de probabilidad (*han de ser las diez, por serán las diez*); igualación de las parejas *dónde donde, quién quien, sino sino, cuándo cuando, cuánto cuanto, quin cuán, menos menos, luego luego, cual, cual, junto, junto*, etc. *; Pérdida

* El acento que pongo en el primer miembro de cada pareja representa el acento prosódico que llevan en castellano, aun cuando no tengan acento ortográfico, como en *luego, junto, menos*. Estas igualaciones falsas están en todas las bocas. He asistido a numerosos exámenes de lectura en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario y los futuros profesores las practicaban

del acento primero en los adverbios en *-mente*. En la sintaxis, el vulgarismo hispanoamericano *hubieron bailes, hicieron calores* con falsos plurales; el arcaísmo *en lo de Fulano* con vago valor resumidor; el giro *lo que supo la noticia, vino en seguida* (que se oye también en otros países sudamericanos), la expresión de evidencia y de sorpresa *¡había sido X.!* (en España: *¡con que era X.!* o *¡con que es X.!*), etc. En el vocabulario, una buena cantidad de arcaísmos (o regionalismos en España) y de neologismos

como la mayoría de los que ya lo son. El conocido verso de Santos Chocano (*La fuga*):

—*¡Quiénes eran! —Quiénes fuesen...*

fué leído invariablemente *Quiénes eran — quiénes fuesen*. Un pasaje de Galdós (*Marianela*), en que se dice que en una casa había sitio para todos los trastos y hasta para el gato, para todo "menos para la hija de la Canela", todos leían acentuando *ménos*. Lo mismo acentuaron *cuándo* en la frase *¡Cuándo te digo que nosotros a retr de lo grande!* Y aún en esta otra: *No asistí a los bailes de mdacarvas ni aun en los años de mi juventud*. Se acentúa *cuánto* en frases como ésta: *... con cuantos útiles tenían a mano, sacaban agua de la barca*. Se dice *junto a la casa por junto a la casa*, etc., etc. Bien conocida es la ignalación *sino-si no*, la única, según mis noticias, que los profesores se esfuerzan en combatir. A quien interese este asunto le recomiendo el documentado artículo de nuestra primera autoridad fonética, T. Navarro Tomás, *Palabras sin acento*, en el tomo XII de la *Revista de Filología Española*, Madrid, 1925.

y algunos indigenismos, además de los que se han generalizado en toda la comunidad hispánica. En la fraseología, unas cuantas locuciones estereotipadas con sabor especial: *al ñudo, no hay nada que hacer, hacer la perra, correrle a uno con la vaina, ser el caballo del comisario, llevarle el apunte, madrugarle a uno* (americanismo), *estar pato, va muerto*, etc. Naturalmente, cuanto más se descienda hacia el vulgo, más numerosas y frecuentes son las frases hechas. Algunas palabras tienen aquí y en Madrid significaciones desviadas: *hoy* ('antes, hace un rato'), *pararse* ('ponerse de pie'), *vereda* ('acera'), *buen mozo* ('guapo'), etc., además de las palabras viejas que sirvieron para bautizar novedades americanas: *comadreja, tigre, avestruz*, etc.; en otras hay una diferente resonancia emocional: *bando, desgraciado, infeliz*. Finalmente, en cada capital corren palabras que son indecentes en la otra *.

¿Y no forma todo esto, unido al uso especial

* Estas listas de modismos se podrían alargar mucho más. El Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires se propone recoger y estudiar todos los rasgos característicos (no hace falta que sean exclusivos) de la lengua normal entre los porteños cultos y entre los mediocultos, con cuidadosa separación. Claro que el criterio seguido en la rebusca no ha de ser el del adanacero académico, sino el del psicólogo y el estilista.

que hace el porteño de la lengua común, una base suficiente para que podamos hablar, no de un idioma independiente, que eso ya a nadie interesa, sino de un matiz propio, de un timbre peculiar, de un estilo? Sin duda ninguna. Pero si vemos claro en los conceptos lingüísticos de lo particular y lo general, nunca nos será posible dar a este hecho una interpretación belicosa. Montar sobre eso la idea de un "idioma nacional" (léase la idea nacionalista del idioma) sería desquiciar el problema doblemente. Primero, porque decir estilo porteño no es decir estilo argentino, y segundo, porque también tienen su estilo Sevilla y Bilbao y Zaragoza y Salamanca, sin que eso entranque que la lengua general se rompa en cada ciudad. Decir en España *un mozo lindo* supone una valoración de signo negativo, un poco irónico y mordaz; en la Argentina, de signo positivo. Con *buen mozo* el español alaba la prestancia corporal, la estatura; el argentino la cara. Pero también decir en el litoral argentino *mi pingo* es referirse lógicamente al caballo propio, añadiendo un coeficiente emocional de cariño festivo y hasta de orgullo por él; *pingo* en Catamarca, en cambio, es despectivo, como en España, y no se aplica al caballo. En Catamarca, *gaucho* conleva condenación, reprobación, como conlevaba en el litoral hace un siglo; en la provincia de Buenos Aires es ahora un modo de encomio. *Chalán* en Catamarca viene a

valer lo que en el litoral "gaucho muy de a caballo", "jinetazo"; es un valor alto de baquía; en el litoral no es palabra en uso.

Podríamos continuar indefinidamente los ejemplos. Estos bastan para comprobar que si la lengua de Buenos Aires se diferencia de la de Madrid por la preferencia en el uso de determinados recursos comunes, por algunas denominaciones de objetos y por la distinta emoción con que se viven palabras corrientes en las dos ciudades *, lo mismo ocurre entre el hablar de Buenos Aires y el del interior argentino.

Además, timbre propio de hablar, estilo, no tienen sólo las naciones, las regiones y las ciudades de lengua castellana. El que haya recorrido Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, sabe de sobra que eso del estilo local no es algo inaudito que le pasa en este mundo a Buenos Aires. Lo único extraordinario de aquí es que la exacerbación localista ha interpretado alguna vez pecu-

* Oposiciones regionales equivalentes se pueden observar en todas las lenguas cultas del mundo. En Alemania, por ejemplo, la lengua literaria llama *Knabe* a un muchacho de unos doce años; pero en el norte se dice *Junge* y en el sur *Bube*. Pues bien: en el norte *Bub(e)* tiene un sentido despectivo, algo así como en España *granujilla* o aquí *atorrante*, y *Knabe* se le dice al que hace chiquilladas. Y, sin embargo, a nadie se le ocurre hacer a base de esas y otras divergencias una cuestión de escisión lingüística.

variedades (que no siempre lo eran) idiomáticas, esforzándose en ver un cisma frente a la lengua general. Aunque hablen alemán el bávaro y el prusiano cultos; aunque hablen italiano el toscano y el calabrés, o francés, el marsellés y el normando, cada uno denuncia, si vive en su región, un especial timbre de lengua, como le pasa al porteño y al sevillano. Pero la lengua general se levanta por sobre todas las variedades locales como un medio y como un producto de cultura superior, en cuya elaboración han participado y están participando las personas mejor dotadas de todas las regiones.

No es que en cada lugar las personas cultas hablen sólo con modos generales, no: hay localismos en Madrid, en París, en Berlín como en Buenos Aires. Pero hay un sistema de modos de expresarse generalmente admitidos y prestigiados que conviven en cada sitio con otros modos, de circulación y prestigio confinados en la región. Al concepto de lengua general llegamos por exclusión: es la hablada por las personas cultas de todas partes, una vez descontados todos los localismos. Lo que sucede es que en todas partes el hombre culto tiende a la universalidad, utiliza y propaga los modos generales por ser de mayor alcance y por formar un repertorio incomparablemente más rico de posibilidades de expresión. El hombre de letras, el de negocios, el de aventura, el de industria sienten la rela-

ción extralocal de su vida y procuran entender y hacerse entender en el medio más amplio posible. Y el hombre de letras, sobre todo, sabe que la lengua local le ofrece un repertorio excesivamente limitado de formas de conocer, de sentir, de valorar, muchas de ellas tardadas por el prestigio social (si bien otras le invitan por su especial forma de emoción), mientras que en la lengua general halla una gran variedad de matices y matices, una especial elasticidad para las necesidades momentáneas de la manifestación de su pensamiento, y un repertorio de expresiones consagradas en el ejercicio de las más altas actividades del espíritu, que traen el prestigio de su procedencia. Estas son las razones del hecho seguro de que, en todas partes, si dividimos la población en grupos según su grado de cultura, cuanto más culto es el grupo, menos particularismos idiomáticos tiene, y al revés.

El problema de la lengua general es en Buenos Aires el mismo que el de todas partes: el de la inserción del hablar culto local en las normas cultas generales.

Desvalorización
de las normas

Hay, pues, aquí como en todas partes, una minoría para quien la lengua general es el medio habitual de expresión. Pero esto es lo peculiar de Buenos Aires: que esa minoría guarda frente a la masa enorme de porteños una proporción menor que en otras ciudades, y que personas no pertenecientes a ella están profusamente en todos los puestos directivos de la sociedad. Un tercer rasgo específico, consecuencia de los anteriores, es que la minoría de hablar correcto tiene sobre la masa de conciudadanos un influjo menor que el esperable y necesario, pues no son para los más el punto obligado de referencia por el cual la multitud orienta su conducta social. Y no porque nuestra minoría tenga más débil el don de proselitismo, ni, en general, por falta de virtudes intrínsecas, sino porque aquí se ven confundidos en todos los comandos sociales los que hablan bien con los que hablan mal, de modo que el bien decir no es síntoma para las gentes ni de capacidad, ni de eficacia, ni de posición privilegiada. La consecuencia es que no se siente aquí tanto como en otras partes el afán de alcanzarlo. O dicho de otro modo: que las normas están desvalorizadas. Y no unas normas

que se dicen desde otro país, sino las que forman la armazón del buen hablar argentino. Están desvalorizadas las normas en cuanto reglas o convenciones que nos ofrece la cultura ambiente y con las cuales encruzamos nuestra conducta idiomática; pero lo más grave es que también están desatendidas esas normas en cuanto formas, cristalizaciones virtuales o posibilidades de expresar adecuadamente el pensamiento propio. Conviviendo con una minoría de argentinos que tienen calidad idiomática y timbre propio en su castellano, hay una mayoría demasiado grande que no se preocupa lo bastante ni de la corrección ni de la propiedad en el hablar, o sea, ni de la norma como valor externo, supraindividual, social, ni de la norma como sentido interno.

En ello concurren dos causas: la una general, que es la inundación de plebeyismo que está alcanzando al mundo entero; la otra particular, arraigada en la historia local: Buenos Aires, que hace un siglo era una ciudad chica de cuarenta y un mil habitantes, hoy tiene dos millones y medio; y no por fecundidad propia, sino por aluvión de todas las naciones del mundo. ¿Cómo se iba a ser exigente con los recién venidos en el uso de una lengua que les era extraña? Ellos cumplan con hacerse entender: con pocas palabras les basta, y ésas, empleadas al más o menos. Para la gramática, indulto general. Pero

154

de repente nos hallamos con que el ambiente social está formado por esos extranjeros y por sus hijos. En este trance, la misma necesidad de acomodaciones sociales que en otro ambiente amplia, enriquece y fija la lengua, aquí ha impuesto, de un lado, una heroica economía de elementos, y, de otro, un ancho margen de imprecisión. Pobreza en la cantidad, relajamiento en la calidad. El total es que Buenos Aires habla bastante mal la lengua del país. A la vista, salta el mayor señorío y decoro del hablar provinciano argentino. Hasta las hablas rurales superan al porteño en calidad y en fijeza. No hay siquiera necesidad de preguntarse si la gente habla aquí mejor castellano que los limeños o los mejicanos o los madrileños; Buenos Aires ha estropeado y desnacionalizado la lengua culta de su propio país, la lengua digna que se transparaenta en la prosa de Sarmiento, de Avellaneda, de Juan María Gutiérrez, de Miguel Cané. ¿De qué sirve que unas cuantas familias tradicionales hayan heredado aquel hablar, mejorado hoy parcialmente, si eso no es más que una exigua minoría perdida en el maremágnum —grande y confuso— de Buenos Aires? Esa minoría que vive el decoro de la propia expresión no está sólo formada por criollos tradicionales, como islote de tierra antigua circundada por la inundación del elemento nuevo —hay personas de apellidos extraños que hablan muy

bien—; pero lo cierto es que el aluvión de humanidad heterogénea, que ya forma el gran cuerpo de Buenos Aires, se ha desentendido y se desentiende hoy demasiado del problema de la adaptación lingüística. Está desconectado de la minoría que debiera darle orientación. Ahí la minoría que debiera darle orientación. Ahí tiene normas, pero las menosprecia: ya se ha habituado la masa de la población a no contar con la urbanidad lingüística de un hombre para valorarlo, y, por lo tanto, ya no tiene cada individuo por qué esforzarse por ganar esa urbanidad sin la cual puede llegar a todas partes.

Esto es lo típico de Buenos Aires: no que aquí no haya quien hable bien, sino que, al revés de lo que ocurre en París, Londres, Berlín, Roma o Madrid, las gentes de educación idiomática o deficiente están en todos los puestos, en la política, en las profesiones liberales, en el alto comercio, y hasta en la prensa y en la cátedra.

El modo de hablar de estas gentes sí que se diferencia del de España, pero es imposible tomarlo como un conato de "independización idiomática", porque de lo que se ha hecho independiente no es del castellano de España, sino del buen castellano de aquí. No es una nacionalización, sino una desnacionalización de la lengua. Como que lo más hondo, lo más grave y radical de las diferencias entre ese hablar y el nuestro (nuestro de España y de aquí, como de Colombia y Cuba) es la diversa actitud de las perso-

nas hacia las normas. El rasgo más peculiar del castellano porteño es el afojamiento de toda norma. No creo que en el Perú, en Méjico o en España se vayan a oír entre personas de educación universitaria deformaciones fonéticas del signo lingüístico como se oyen aquí: *ojebto*, *oxcuro*, *puédamos*, etc., etc. Hay quien sabe decir *anedocta* y *acnédola*, casi como aquel rústico castellano que lo sabía decir de tres maneras distintas: *percurraor*, *precurraor* y *porcurraor*. Y claro que no es sólo en la pronunciación: en un mismo reportaje hacen decir a una viajera que en Inglaterra, con motivo de la baja de la libra, "el standard de vida ha subido muchísimo" y que en Alemania "la situación no es menos halagüeña" que en el resto de Europa. A cada paso le quieren tranquilizar a uno diciendo: *¡No pierda usted cuidado!*; en los diarios leemos, según se oye en la calle, *y por si esto no fuerra poco, todavía...*; las gentes hablan de *lós lápiz* y de *cualesquier cosa*; uno de los universitarios de más campanillas escribe sobre *los cuantias*; otro repite varias veces en la mesa de examen el mismo *espetáculo*; muchos pronuncian palabras *trasedentales*, etc.

Bastan estos ejemplos, referidos a medios sociales que en otras partes los corregirían en el acto, para comprobar cuál es la actitud típica del porteño-masa ante el fenómeno social de la lengua: desatención a la norma. Pierde impor-

tancia la convención, lo establecido *, y se enciende demasiado a la situación la comprensión de lo que se quiere decir. ¿Estamos hablando de que en Europa las cosas andan mal? Pues si digo que en Alemania la situación no es menos halagüeña la gente me entiendo lo mismo que si digo que no lo es más. La lengua, como sistema establecido de convenciones para la intercomunicación, es utilizada al *mínimum* para intercomunicarse: al que habla, le basta hacerlo al tuntún; el que escuche, con *mínimos* agarraderos lingüísticos o situacionales, va a saber de qué se trata. Se comprende así la rápida fortuna que en el ambiente ha tenido *coso* (para cosas y personas): le ahorra a uno todo el vocabulario.

A esta falta de fijeza que tiene aquí la comunicación de lo lógico e intelectual del pensamiento, corresponde una excesiva estereotipación para la expresión de lo afectivo o extralógico. En muchísimos porteños los sentimientos y las valoraciones mueren —más bien que nacen— de la preconciencia al limbo de la conciencia idiomática, amortajados con unos escasos modelos de hábito. Supongamos que alguien nos dice muy contento: "Me parece que me van

* Hasta en la ortografía. Los diarios referían hace poco que, según una estadística reciente, Buenos Aires lleva la palma, entre las capitales del mundo, en tener letreros públicos con faltas de ortografía.

a subir el sueldo." Podemos imaginar que nuestro interlocutor tiene con nosotros un grado cualquiera de amistad. Concretándolo así, piénsese qué infinita variedad de matices puede tener la reacción que la esperanza del amigo nos provoca. Esa reacción es primero materia, pre-sentimiento; y si es ella directamente la que atendemos, nos esforzaremos por hacerla de materia forma, de pre-sentimiento conciencia, buscando hasta donde nos sea posible expresar la originalidad individual de nuestro estado de ánimo. Pero aquí hay un millón de personas que no se encaran nunca con la singularidad de su estado de ánimo, sino que éste queda orientado y conformado por fórmulas circulantes. Esas personas, cuando oyen el "me parece que me van a subir el sueldo" reaccionan con un *¡subiríam!* (o *¡subiríolan!*, como se dice con torsión barroca). He aquí una emoción porteña. El símbolo lo es, y el símbolo conforma la emoción: la incredulidad tiene zumos de sarcasmo, y, en el caso más benigno, de ironía. Es una incredulidad que en más o en menos zahiere.

Ya sé muy bien que este *subiría* es uno de esos idiomatismos efímeros que se dan en todas las grandes ciudades del mundo. Pero lo peculiar de aquí es que no son tan efímeros como en otras partes, o que, en todo caso, si unos desaparecen, otros acuden; y, sobre todo, lo peculiar de aquí es la enorme cantidad de

personas que para la expresión de lo emocional no hablan más que con idiomatismos, precisamente porque encajan ajustadamente en la actitud del porteño-masa ante la lengua. Esta actitud, ya lo hemos dicho, es la de la entrega al tuntún; para la comunicación del pensamiento lógico, habla más la situación que el idioma; para la expresión de lo subjetivo se recuesta uno en la fórmula más genérica, en la que sirve a los vecinos para expresar estados de ánimo más o menos parecidos al de uno. La amplitud de este más o menos es lo congenial de aquí. Cada fórmula del pensamiento subjetivo abarca una tan ancha zona de posibilidades anímicas, que con unas cuantas tiene el porteño-masa suficiente para toda su vida interior. Borges ha maldecido la palabra *macana*, palabra de la suñera criolla. *Macana* es para el porteño la expresión de un desvalor que va alcanzando a objetos cada vez más heterogéneos. Por el otro lado, *lindo*, que en el idioma general expresa el reconocimiento de cierta cualidad estética, es aquí símbolo de un valor no sólo estético, sino de cualquier otro orden. *Lindo* es como el asentimiento efusivo que se da a los objetos más variados. Sobre qué recae la aprobación, eso la situación y el contexto lo dirán. Y esto es otra vez el tuntún. Si esta suñera criolla no estuviera compensada por la vigilia de los mejores, si se le permitiera derivar a su gusto, se podría

llegar a un idioma sencillísimo en el que todos los movimientos del ánimo serían revertidos a sus dos signos nucleares de + y —: un valor de signo positivo y otro de negativo cuya comunicación estaría encomendada a los símbolos *lindo* y *macana*.

Véase ahora con cuánta razón hemos dicho antes que los sentimientos y las valoraciones mueren de la preconciencia a la conciencia del porteño-masa. Sentimientos y valoraciones son primero, más que nada, presiones por nacer a la forma; no tienen existencia de tales, hasta que están expresados, lo cual no quiere decir comunicados a otros, sino hechos forma, traídos a conciencia. Por eso el expresar es siempre un acto de creación. El símbolo idiomático con que expresamos ese sentimiento lo fija, lo canaliza, lo cristaliza en una forma determinada. Con ello la vivencia pierde su absoluta originalidad, aun para el mismo que la vive (el río), labra su cauce y luego el cauce tiraniza al río), pero en cambio adquiere valor para la experiencia personal y para la economía del pensamiento. Ya es unidad identificable y, por lo tanto, manejable. Todo idioma, por rico que sea, supone una limitación y una determinación en los modos de cumplir esas cristalizaciones. La mayor gravedad de la situación lingüística local no está —claro es— en la aparición de condiciones inauditas, sino en el extremamiento de

esas condiciones. Aquí la expresión, como exteriorización de lo individual, queda acogotada apenas quiere asomarse a conciencia, como tapada con unas cuantas fórmulas absolutamente convencionales y mostrencas.

En compensación, se ha desarrollado en la fonética una extraordinaria sensibilidad para lo afectivo. El alma del porteño-masa, emparedada en un sistema de lengua excepcionalmente empobrecido, da voces por esos resquicios de la pronunciación. Esta mujer que se queja de que le hayan hecho pagar *cinco péesos*, alargando la *n* de *cinco* y pronunciando *péesos* con una *e* más cerrada todavía que la francesa de *piéd*, y muy larga y modulada en descenso, nos da en el alargamiento de la *n* y en la cantidad y cerramiento de la vocal acentuada la medida de lo que el asunto le afecta. Y lo mismo ese otro que pronuncia *at-torrñante*, conteniendo en la primera sílaba como en una represa el torrente de su indignación, para precipitarlo luego más violento en esa descarga del aliento, un poco nasal, con que acenlúa la *á*. Hay que añadir otros tipos de refuerzo y prolongación de la consonante y sobre todo el ritmado de las sílabas y la melodía de la frase, mucho más libre —afectivamente— aquí que en otras regiones de habla española. Lo malo es que esta compensación es desproporcionada. Esos recursos extralingüísticos o prelingüísticos apenas hacen

más que añadir un coeficiente de intensidad a la emoción o valor especificados por las palabras.

En total: lo peculiar del habla del porteño-masa resulta ser, dentro de una general limitación de formas, un exceso de convención para lo afectivo y una escasez y flojedad de convención para lo intelectual o lógico. Justamente al revés de lo deseable para una lengua.

Este diagnóstico no se basa en unas cuantas perlas recogidas en los diarios y en las conversaciones de Buenos Aires, como serían fáciles de recoger en cualquier otro país de Europa o de América. Lo propio de aquí es la profusión, y, sobre todo, la extensión y la impunidad sociales de esas faltas. En otras partes las perlas son notadas como perlas, como fallas en la educación personal o como desfallecimientos momentáneos. Obtienen condenación o requieren disculpa. Aquí no. Aquí todo el mundo tiene mano libre para hablar como le salga, con tal de que se le entienda más o menos adónde se dirige. Parece como si todo el mundo contara con un previo indulto mutuo. Y esto es precisamente lo grave. Cuando en una colectividad las normas de cultura —y entre ellas las lingüísticas— tienen plena vigencia y vitalidad social, por más perlas que se cosechen serán siempre de exclusiva responsabilidad individual. Pero aquí lo que sufrimos es el relajamiento social del sentido de la norma.

Buenos Aires, capital
idiomática del Río
de la Plata

Repetidas veces he hecho distinción entre el habla de Buenos Aires y la de las provincias. Para un argentino esto no necesita demostración. Pero dentro de eso es lo cierto que, para bien como para mal, la capital idiomática de todo el Río de la Plata es Buenos Aires. No es sólo que las grandes ciudades del estuario, Montevideo, Rosario, La Plata, tienen un hablar bastante homogéneo, sino que la fuerza expansiva de Buenos Aires alcanza, en detalles lingüísticos que se pueden multiplicar, hasta la Asunción del Paraguay. El año 1928 apareció en Buenos Aires una de esas travesuras idiomáticas de vida fugaz que ya hemos citado: ¡*estaría!* por "no está, aunque tú lo creas", o "¡a quién se le ocurre pensar que está!" Poco después de propagarse en Buenos Aires, hice un viaje al Paraguay. ¡Y ya estaba de moda ese idiomatismo entre los escolares más infantiles de la Asunción! En una excursión que hice al sur de la provincia de Buenos Aires, un paisano, un pastor de lenguaje magnífico, se me lamentaba con melancolía de la invasión de portefismos entre la gente del campo: "¡Señor! ¡Si hasta hay ya quien dice *reprovidor* por *pa-*

"*di-yilo!*" Las ciudades extienden sus maneras idiomáticas por las comarcas vecinas, y Buenos Aires sobre esas ciudades. La pronunciación porteña de la *ll* y de la *y*, *pollo*, *mayo*, rehilada y parcialmente ensordecida, ya hemos dicho que no es la del país. En la provincia misma de Buenos Aires es apenas rehilada y del todo sonora. Pero la pronunciación porteña se extiende por las ciudades y ya alcanza a Tucumán, aunque no todavía a la provincia.

El influjo idiomático de Buenos Aires sobre el Uruguay y directamente sobre Montevideo es también muy grande. Yo no digo que sea exactamente uno mismo el hablar de ambas orillas del Río de la Plata. Hay diferencias en el vocabulario y en la gramática (ejemplo importante: el *vos* no es en el Uruguay tan avasallador como en la Argentina), y las hay en el tono general de la lengua; el lenguaje de los periódicos mismos lo denuncia. Pero es innegable que Buenos Aires va extendiendo incansablemente sus modos de decir por tierras uruguayas. A esto se refiere lo de la capitalidad idiomática de Buenos Aires. Nada de derecho, de prerrogativas ni de jurisdicciones. Cuestión de hechos. El triángulo geográfico lindado por la cuenca del Plata y sus afluentes mayores, por los Andes y por el Atlántico, forma una unidad cultural especialmente estrecha dentro de la cultura hispánica, tiene su propio juego vivo de

relaciones interregionales y constituye una co-munidad coherente de intereses. Y sabido es que siempre que se trata de esta clase de unidades o subunidades de cultura, la lengua—como manifestación que es del modo cultural de la comunidad que la habla—tiende a generalizarse y a uniformarse en todo el territorio. Esta uniformación se obtiene en parte borrando las diferencias inherentes existentes, pero también imponiendo por todas partes ciertos procedimientos idiomáticos que se hacen así comunes. Eliminando y creando. En esta labor los centros de vida más poderosos son los que dan el tono. En las aldeas, cada uno tiene su más o menos de atención para los modos de la ciudad próxima, en las ciudades para las cabezas de provincia y en todas partes para la gran capital. La trama común de la vida es la que exige un tejido común idiomático. Ahora bien: la trama de la vida uruguayaya y de la vida argentina están unidas por el vaivén de una misma lanzadera. Y sin posible duda, la acumulación más grande de elementos vitales y el foco más poderoso de expansión en esta comunidad es Buenos Aires.

En los últimos años la labor uniformadora se ha acelerado grandemente. Por las calles de Montevideo se vocean los periódicos y revistas de Buenos Aires, y los diarios de allí recogen en seguida cualquier palabra de los de aquí que

les afecte. Y, más que nada, la radio: diariamente se escucha en muchas casas de Montevideo, en muchas estancias y chacras del campo uruguayo, a los anunciadores o avisadores argentinos, a conferenciantes, dialoguistas, recitadores, cómicos de Buenos Aires, y más que nada a los incansables cantores de tangos. Además, los entretenimientos de mayor éxito en las radios argentinas son pronto adoptados por las estaciones de Montevideo. Considérese el influjo que esta ubicuidad de la palabra radiotelefónica tiene para la uniformación de la lengua. Es claro que en esta labor igualadora el papel del Uruguay no se limita a recibir lo ajeno y renunciar a lo propio diferencial; pero, con entera certeza, lo que recibe es mucho más de lo que da. Ya se ve, pues, que el problema porteño de la lengua es el problema de la lengua en el Río de la Plata.

El destino futuro
de la lengua

La sospecha que nos puede asaltar ahora ante las manifestaciones de fuerza expansiva de Buenos Aires en el terreno de la lengua es ésta: ¿No se llegará irremediablemente con eso a la creación de una lengua aparte?

Esta es idea en la que se ha insistido re-

petidas veces, no sólo para la Argentina, sino para toda América. Unas, con el anhelo de ese peligroso patriotismo que se complace en lo diferencial, sea bueno o malo; otras, con melancólico pesimismo, como en el caso de Rufino José Cuervo. Cuervo fué la figura más eminentemente de la filología hispánica hasta la aparición de Menéndez Pidal, y hoy mismo sus investigaciones son fundamentales sobre varios puntos de la historia de nuestra lengua. El gran americano se pasó la vida predicando a sus coterráneos el esfuerzo constante por acomodarse a la lengua de Castilla, como única manera de no malbaratar el principal tesoro legado por los fundadores de la civilización hispanoamericana. Y, sin embargo, al final de su vida se le escapó el melancólico vaticinio de que, a pesar de todos nuestros esfuerzos por mantener la unidad del idioma, en un futuro más o menos lejano cada país de América hablaría una lengua distinta, no entendida por los demás. Lo dijo primero en una carta al poeta argentino Francisco Soto y Calvo, publicada más tarde como prólogo en uno de los libros de este escritor, e insistió, con gran nobleza de ánimo, en su famoso artículo *El castellano en América*, publicado en el *Bulletin Hispanique* (1901). Así como el latín, primitivamente uno en las distintas provincias romanas, acabó por fraccionarse en otras tantas lenguas, así también la ley

161

Argue
Soto y Calvo
Castañeda
Molina
Molina

inexorable de la Naturaleza hará que con el tiempo nuestra lengua sea distinta en cada país, por mucho que nos esforcemos en impedirlo. ¡Con qué íntima alegría se hubiera dejado Cuervo vencer de su error! Rufino José Cuervo, como sucede a la inmensa mayoría de los investigadores científicos, aceptó sin crítica, sin el menor recelo, con toda naturalidad, las ideas bases sobre que se sostenía la lingüística de su tiempo. Era el siglo de los triunfos ruidosos del evolucionismo darwiniano y del positivismo, y las ciencias del espíritu se dejaron moldear la fisonomía por la imagen proyectada de la todopoderosa ciencia natural. En las disciplinas históricas, ya fueran historia política o económica, religiosa o literaria, se consideró como objeto único del tratamiento científico las condiciones de determinación y de necesidad: antecedentes, ambiente, etc. Y lo mismo en la lingüística. El célebre lingüista alemán Schleichner proclamaba la necesidad y obligatoriedad de las leyes fonéticas en orgulloso parangón con las leyes naturales, la de la gravedad, por ejemplo. Las lenguas eran concebidas como organismos vivos que nacían (y tenían madre), crecían y morían. Ellas vivían de por sí, con sujeción a leyes propias, ante las cuales la voluntad del hombre estaba tan desarmada como la de un niño ante la tempestad. Toda la educación, toda la cultura de Cuervo, que era la de su época, le

constreñía a aceptar como válida esta representación. No eran en él, estas ideas, juicios, sino prejuicios. Eran supuestos, por supuestos.

Si nuestra lengua fuese, en efecto, un organismo vivo, sujeto a las leyes de la vida orgánica, si fuese como un trigo sembrado por los fecundos campos de la América española, ¡qué remedio sino aguardar su caducidad y descomposición como organismo actual y esperar su resurrección futura en los trigos diferentes de cada país! La lingüística historicista y evolucionista del siglo XIX no podía en esto hacerse ilusiones: sabía que las lenguas semitas procedían de una lengua común; que las lenguas romances habían nacido de la descomposición del latín; que los idiomas indoeuropeos, tan desemejantes hoy, habían sido un día uno y el mismo idioma; que por todo el mundo lenguas parientes denunciaban la existencia anterior de una lengua unitaria que después se fraccionó. Nuestro idioma no podría escapar al inexorable destino. El fraccionamiento futuro de nuestra lengua "a la luz de la Historia es de ineludible cumplimiento", formuló el mismo Cuervo.

Pero la lengua no es un organismo animal ni vegetal; no es ningún producto natural, ni tiene en sí leyes autónomas ni condiciones de existencia ajenas a la intervención de los hablantes. El lenguaje no pertenece a la Historia Natural, sino a la Historia Humana. Una lengua ha sido

lo que sus hablantes hicieron de ella, es lo que están haciendo, será lo que hagan de ella. Las llamadas leyes fonéticas, y cualquiera otra clase de leyes lingüísticas, no son más que intentos de ordenación parcialmente logrados en su medio de intercomunicación por los hombres que componen una comunidad idiomática. Por los hombres, por su intelecto y por su fantasía, por su querer y por su valorar, no por no sé qué fuerza química de cristalización ínsita en la misma lengua. Es cierto que si yo me propongo personalmente que mi lengua siga un rumbo cualquiera que se me antoje, fracasaré. Tampoco un voto disidente altera la decisión de un congreso. Apoyándose en eso, la lingüística naturalista creía poder afirmar la independencia histórica de la lengua respecto a la voluntad de sus hablantes. Pero, sólo si considero *un* hablante enfrentado a la lengua será cierta la perfecta inutilidad de su voluntad de intervenir. En esta ocasión, como en otras, los lingüistas se han enredado los pies en los yuyos de su terminología metafórica: "las consonantes sordas se sonorizan", "el latín vivió hasta el siglo V", "las lenguas *evolucionan* constantemente", etc. Las metáforas son siempre tangentes a la verdad; por eso, en poesía son esenciales como conquististas de la intuición creadora, como que designan verdades poéticas recién descubiertas y, por lo tanto, innominadas; y son también de gran valor en las

ciencias, pero asimismo peligrosas, porque se necesita una austeridad mental casi heroica para no contar deductivamente en el razonamiento más que con la tangencia escueta, sin aprovechar aquellas partes de la metáfora que no tocan a la verdad. Cuando no se tiene tal entereza y se deja que el intelecto desoville a su gusto la metáfora —verdad siempre y sólo poética—, entonces las metáforas velan la realidad.

No es posible que un individuo oponga su propia voluntad de dirección a la orientación propia, natural, autónoma, de la lengua, porque ella, la lengua, no tiene voluntad, ni orientación, ni destino que oponer a los humanos. Pero sí es posible que la voluntad de orientación lingüística de un individuo se oponga a la voluntad comunal de orientación de sus coparlantes. Al ver estrellada la voluntad activa de un individuo contra la voluntad pasiva y activa de la masa de individuos que integran una comunidad lingüística —porque se resisten a aceptar determinado sesgo en las innovaciones y se empeñan en mantener otros distintos—, se entendía esta voluntad de la masa como destino ciego de la lengua y se concluía que el individuo no puede intervenir en los destinos de su idioma. ¿Pero no es patente el influjo que la prosa personal de Ortega y Gasset ha ejercido en la lengua escrita de España y de América, especialmente en la de muchos escritores que están a caballo entre el

periodismo y la literatura? ¿No sabemos que la aparición de *La gloria de don Ramiro* despertó en los escritores rioplatenses la voluntad de una prosa más castiza? ¿No es seguro que la lengua escrita pone su sello en la lengua oral de las ciudades, influyendo en su fisonomía? ¿No es cierto que el habla de las ciudades ejerce un poder de imitación en las hablas provinciales y rurales, especialmente en épocas de auge cultural? La intervención que un individuo de empuje personal tiene en los destinos de su lengua es proporcionada a su potencia de proselitismo idiomático.

Ningún destino se le impone con mandato fatalista a nuestra lengua *. Será culta y fina y dúctil, o bárbara y tosca; será una *koiné*, una lengua extendida sobre varios Estados, o será un *patois*, distinto en mi ciudad o en mi villorio del que se habla en el vecino. Pero téngase por seguro que, cualquiera que sea su rumbo, será el que nosotros le demos. Nada de trayectorias astronómicas prefijadas. Nada de igualar una lengua a un organismo, con su germinación, verdor, sazón, descomposición y reproducción, o con su concepción, nacimiento, infancia,

* La ciencia de Cuervo, empapada de naturalismo, preveía como inevitable el fraccionamiento de nuestra lengua en cada estado, "según el orden *natural* de las cosas".

cia, adolescencia, madurez, caducidad, muerte y proliferación. (El concepto naturalista del lenguaje tiene que admitir que los idiomas hijos son siempre póstumos.) Nos citan como ejemplo inesquivable la suerte del latín, muerto en sí y vivo en cien lenguas y dialectos nuevos. No se acuerdan del griego, extendido también en la antigüedad por áreas inmensas de Europa, de Asia y de África, vivo y vivaz en el Imperio bizantino hasta la víspera misma de la Edad Moderna, arrinconado luego por las arrolladoras invasiones de árabes y turcos, y todavía vivo hoy mismo en las mentes y en las bocas de millones de griegos. ¿Que el griego de Venizelos ya no es el de Platón? Tampoco el de Platón era ya el de Homero, tanto que la filología nació de la necesidad de dilucidar difíciles cuestiones de idioma en Homero y en Hesíodo. Pero es siempre el mismo y uno en su continuidad, como lo es el español del *Cantar de Mio Cid* y el de Lugones, y no radicalmente diferenciado como el francés, el español, el italiano, el portugués, el rumano, el catalán y el provenzal respecto del latín. Tanto que actualmente ha sido posible la empresa de remozar el griego clásico como lengua escrita.

En todas estas visiones fatalistas que predicen el necesario y natural fraccionamiento futuro de nuestra lengua común, hay siempre un equívoco histórico. Se piensa que las